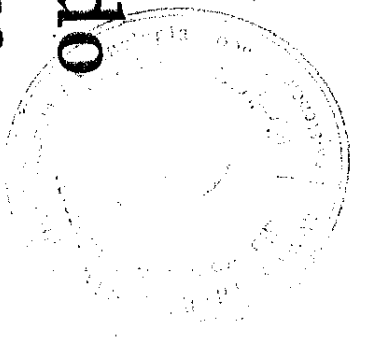


JACOBO LANGSNER

Esperando la carroza



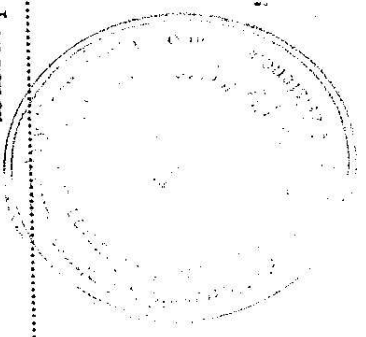
Fotocopiadora

"EL GARAGE"

López y Planes 417 Rcia. - Chaco

Cel: 3624335067

Índice



El autor	7
Langsner según Langsner	8
Sainete y grotesco criollos	9
La obra	10
Esperando la carroza.....	11
Primer acto	13
Segundo acto	65
Actividades	
Actividades de comprensión de la lectura.....	108
Actividades de producción de escritura.....	110
Actividades de relación con otras disciplinas	111

El autor



Jacobo Langsner nació el 23 de junio de 1927, en Rumanía; pero sus padres se instalaron en el Uruguay, en 1930, cuando él tenía tres años. Hacia 1950 comenzó a participar en el medio teatral de Montevideo, la capital uruguayana, que entonces sobresalía como uno de los centros de teatro más activos de Latinoamérica. Su debut como dramaturgo se realizó en el circuito del teatro independiente (es decir, el producido por grupos que trabajan al margen del apoyo estatal o del aporte de dinero de empresarios particulares, y que realizan un teatro de alto nivel artístico y hondo compromiso ideológico). Durante muchos años, Langsner integró la comisión directiva y el comité de lectura del Club de Teatro, grupo independiente fundado en mayo de 1949.

Consagrado en el teatro independiente como dramaturgo talentoso, y a través de concursos públicos, Langsner pronto llegó a formar parte del repertorio oficial de la Comedia Nacional Uruguaya.

En 1956 comenzó a trabajar en Buenos Aires, ciudad donde se radicó definitivamente en 1958. Desde entonces, trabaja conectando los escenarios de Buenos Aires y los de Montevideo, por lo que prefiere no llamarse "argentino" ni "uruguayo", sino "rioplatense", al igual que Florencio Sánchez y Horacio Quiroga.

Durante los años de la dictadura militar iniciada en 1976 en la Argentina, Langsner se exilió en España.

Es autor de una vasta producción teatral. Entre sus obras más importantes figuran: *El hombre incompleto* (1951), *El juego de Jigüenia* (1952), *Los rídiculos* (1953), *Los artistas* (1954), *Un inocente adúltero* (1958), *Los elegidos* (1960), *Esperando la carroza* (1962 y 1974), *El tobogán* (1970), *La gotera* (1973), *Pater Noster* (1979), *La planta* (1981), *Barbacoa* (1986, continuación de *Esperando la carroza*), *Mis amores con Douglas Fairbanks* (1990), *Locos de contento* (1991), *Otros paraisos* (1996). También escribió comedias musicales para el circuito comercial.

Langsner es, además, un destacado guionista de televisión. Muchos de sus libretos formaron parte de los ciclos televisivos *Alta Comedia*, *Alguien como usted*, *Atraverse y Amores*, entre otros. También ha realizado una importante labor como guionista de cine (*Darse cuenta*, *Esperando la carroza*, *Sofía y Mala junta*).

Sobre el responsable de esta edición

JORGE DUBARTI nació en Buenos Aires, en 1963. Es Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Recibió el Premio de la Academia Argentina de Letras al mejor egresado de la UBA en 1989. Es historiador, crítico y docente universitario especializado en teatro. Desde 1983 se dedica a los estudios teatrales. Es profesor de Historia del Teatro en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Veracruzana, de México. Entre sus libros figuran *Batato Barea y el nuevo teatro argentino*, *El teatro jeroglífico*, *Herramientas de poética teatral*, *El convívio teatral* y *El teatro sabe*. Desde 2001 dirige la Escuela de Espectadores. Obtuvo por concurso el puesto de Jurado Nacional del Instituto Nacional de Teatro. Coordina el área de Artes Escénicas del Centro Cultural de la Cooperación. Es editor de las obras completas de Eduardo Pavlovsky, Ricardo Bartes, Jorge Goldenberg, Daniel Veronese y Federico León, entre otros. Dirige *Palos y Piedras*, *Revista de Pólitica Teatral*. Ha sido designado *Partenaire Privilégié* de los Fondos de Archivo de la Académie Expérimentale des Théâtres (Francia) en la Alliance Française de Buenos Aires.

Langsner según Langsner

En 1992, con motivo de una edición de su obra *Locos de correntín*, dialogamos con Langsner y le preguntamos qué característica sobresaliente y constante descubriría en su teatro a lo largo de los años. Langsner nos contestó: "Trabajo siempre dentro del humor raramente salgo de allí. Pero el mío es un humor grotesco... Un grotesco muy extraño. Porque mezcla a la vez la gracia con la melancolía". En el teatro de Langsner, la comedia no descarta un sabor amargo: "Tengo una mirada piadosa para mis criaturas, pero a la vez soy muy pesimista con respecto al futuro. El hombre me da pena y creo que la gente sufre porque el ser humano está dominado por el poder de los malvados, que es superior a la verdad de los buenos".

Si bien es cierto que Langsner se ha dedicado centralmente a la comedia, también escribió obras más cercanas a la expresión dolorosa de la tragedia y el drama, como *Pater Noster* (compuesta en los años tristes del exilio) y *Otros paraísos* (que aborda el tema de la decadencia física y mental en la vejez). En sus primeras obras, por otra parte, se mostró interesado por la reescritura de los mitos clásicos. Pero, como veremos enseguida, también supo recuperar las formas del sainete y del grotesco criollos; y esta vez, a la tradición cómica se percibe especialmente en *Esperando la carroza*.

En otro tramo de la entrevista, Langsner comentó: "Mi conciencia viene, en buena parte, de mi admiración hacia un cierto tipo de cine norteamericano, como el de Billy Wilder en películas como *Una Era y dos Admas*. Pero, a la vez, soy muy argentino para escribir".

Según nos contó Langsner en aquella entrevista de 1992, alguna vez alguien comparó sus textos teatrales con los del dramaturgo norteamericano Neil Simon, autor de comedias brillantes de perfecta construcción (entre las más célebres: *El último de Avemarías ardiertes*, *Extraña pareja*, *El prisionero de la Segunda Avenida* y *Perdidos en Yonkers*). Al respecto, Langsner nos dijo: "Que sea digna que soy un Neil Simon rioplatense significa para mí un galardón muy importante".

Sainete y grotesco criollos

Esperando la carroza se relaciona estrechamente con ciertas formas de cominidad características del teatro de Buenos Aires, en especial: el sainete y el grotesco criollos.

El sainete es una pieza breve de tipo cómico —o tragicómico—, ya que puede incluir episodios muy dolorosos —, basada en la caricatura del costumbrismo urbano. A través de la presentación de tipos populares —como "el tano", "el gallego", "el malevo", "la milonguita", "el turco", "el provinciano", etc.—, que confluyen en los espacios del patio del conventillo, la calle o los salones de baile —, el sainete se convierte en una de las expresiones que reflejan de manera más original la identidad de la cultura porteña en la etapa de mayor afluencia inmigratoria. Por ello, la época de auge del sainete está comprendida entre los años 1890 y 1940. Y, si bien luego desapareció casi absolutamente en su forma original, su influencia permaneció vigente debido a la recuperación de muchos de sus elementos en nuevas estructuras artísticas del cine, la televisión y el teatro. A través de diversas transformaciones, el sainete ha continuado vivo hasta nuestros días.

Entre los autores más destacados del sainete criollo cabe mencionar a Nemesio Trejo (1862-1916), Ezequiel Soria (1873-1936), Carlos Mauricio Pacheco (1881-1924), Alberto Novión (1881-1937), Roberto Cayol (1887-1927) y Alberto Vacarezza (1888-1959).

El sainete es una pieza breve. En algunos casos, su carácter es puramente cómico; otras veces, alterna lo cómico con lo trágico o con lo dramático, siguiendo el modelo popular de "una de cal y una de arena", o "cosas para reír y cosas para llorar". A diferencia del sainete, el grotesco fusiona íntimamente lo cómico y lo dramático y, de este modo, logra que el espectador ría y lllore simultáneamente, al experimentar el placer de la risa y el dolor de la tragedia. El exponente más notable del grotesco criollo es Armando Discépolo (1887-1971), especialmente en dos de sus obras: *Mucho* (1923) y *Sófano* (1928), cuyas historias terminan en la pérdida total de la honra social o en la muerte de sus protagonistas.

La obra

Por su relación con el sainete y el grotesco, muchos críticos han encuadrado a *Esperando la carroza* dentro del "neosainete" o del "neogrotesco". Esta clasificación se sostiene en la idea de que Langsner actualiza, bajo una nueva forma, las estructuras originales de uno y otro género.

Quienes la llaman "neosainete" consideran que los personajes de la familia de mamá Cora están representados como los tipos del sainete, a través de una caricatura de la clase media porteña en la década del sesenta (en su versión original, luego adaptada). Como muchas obras teatrales argentinas, la de Langsner vuelve sobre el ámbito de la familia para describir, como en un modelo en escala, los modos de vida de la sociedad en su conjunto. La familia es metáfora, además, del país. Por otro lado, la casa donde se lleva a cabo el "velorio" de mamá Cora resulta un corralo escénico del patio del conventillo.

Otros críticos, en cambio, prefieren poner el acento en el costado "negro" y violento de *Esperando la carroza*. Observan que, mientras nos refinos de las situaciones cómicas que se despliegan ante nuestros ojos, sentimos el dolor que implica contemplar las acciones de unos personajes tan hipócritas, egoístas y duros. A Langsner le interesa especialmente mostrar el maltrato y la falta de respeto que reciben los ancianos en la sociedad argentina, así como la falta de amor sincero entre las personas y la prioridad de los intereses materiales. Entre todos los personajes, Langsner elige uno que le sirve para poner en evidencia su punto de vista: se trata de Susana, quien cumple la función de desemascarar a la familia y decirle lo que verdaderamente es. En el final — uno de los momentos más tensos y dramáticos de la pieza —, Susana ríe y llora al mismo tiempo, de acuerdo con la señalada fórmula del grotesco criollo.

Quiénes sostienen que *Esperando la carroza* es un neosainete —y no un neogrotesco— ponen el acento en el hecho de que, en la pieza de Langsner, no hay pérdida total para los personajes —como sucede en *Mateo o Sifiano*, de Discépolo—. Una vez que reaparece mamá Cora, la vida de todos parece retomar su curso anterior, sin castigo ni modificación... salvo para la hicienda Susana, que logra ver la ridícula tragedia en la que se hallan inmersos.

Esperando la carroza

Obra en dos actos

Fue estrenada en Montevideo, el 12 de octubre de 1962,
en la Sala Verbits de la Comedia Nacional Uruguaya, con dirección
de Sergio Ostermín. En Buenos Aires, se estrenó en 1974
en el Teatro del Centro, bajo la dirección de Villanueva Cosse.

Primer acto

Cuadro I

Personajes

Sergio
Elvira, su mujer
Matilde, hija de ambos
Jorge, hermano de Sergio
Susana, su mujer
Antonio, hermano de Sergio
Nora, su mujer
Emilia, hermana de Sergio
Doña Gertrudis, amiga de Cora
Don Genaro, su esposo
Doña Elisa, amiga de Cora
Jovencita, su sobrina nieta
Tío Felipe, hermano de Cora
Tía, su esposa
Mamá Cora
Señora sorda
Hija arrepentida
Jovencito, empleado de florería
Camillero primero
Camillero segundo
Asistentes al velorio

Sala en casa de Sergio. Clase media baja. Muebles de distintas épocas. La buena madera se cede a la fórmica y con adornos de material plástico. En el fondo izquierda, una puerta conduce a la cocina. A la derecha, dos puertas que conducen, una al dormitorio principal y la otra al cuarto de Matilde. Para que este decorado sirva por espacio de varios minutos para introducirnos en la casa de Susana y Jorge, está todo prácticamente cubierto de pañales que cuelgan, que cubren los sillones. Un recipiente de plástico para bañar a un bebé y un cochecito en el camino y otros objetos que hacen a esta etapa de la infancia. Susana, sentada ante la mesa cubierta de cosas, prepara una mayonesa. Se oye llorar a la bebida.

JORGE. — (En off.) ¡Susana!

SUSANA. — No puedo dejar la mayonesa. ¿Quieres que se corte? (Aparece mamá Cora con su aire "ido", como si flotara.)

MAMÁ CORA. — Tiene hambre. Le prepararé la mamadera.

JORGE. — (Viniciendo con la beba en brazos.) Hace media hora que tomé la última.

MAMÁ CORA. — Entonces le dolerá la barriguita. Le daré unas cucharaditas de tilo.

SUSANA. — (Molesta.) No le dé nada, mamá Cora. Métanle el chupete en la boca y déjela tranquila. (Jorge pasea a la bebida, mientras le golpea la colita.)

MAMÁ CORA. — ¡Pero Susana! ¡Escupe el chupete! Se lo pongo y lo escupe todo el tiempo. Para mí que es tu leche. Estás muy nerviosa últimamente.

SUSANA. — (*Muy nerviosa.*) ¡Ideas suyas! ¿Dónde me ve nerviosa? (*A Jorge.*) Fíjate si se ensució.

JORGE. — (*Fijándose.*) Se ensució.

SUSANA. — ¿Podrías cambiarla?

JORGE. — Susana, sabés que no sé.

MAMÁ CORA. — La cambiaré yo.

SUSANA. — ¡No! Deje, mamá Cora, voy yo. (*Susana va a buscar talco, agua y pañales planchados, con aire cansado.*)

MAMÁ CORA. — ¡Gran ciencia! ¡Cambiar un pañal! (*Jorge acuesta a la beba sobre el catrecito y le saca los pañales sucios.*) ¿En qué puedo ayudarte, Susana?

SUSANA. — (*En off.*) En nada. No me ayude en nada. ¿Por qué no lee el diario tranquila?

JORGE. — (*Yendo para adentro.*) Susana, dejá que te ayude. La hacés sentir inútil.

SUSANA. — (*En off.*) Prefiero que se quede tranquila. (*Mamá Cora mira la mayonesa.*)

MAMÁ CORA. — Es fija que esto es para hacer flancitos. (*Abre la heladera y saca una botella de leche. Vierte poco a poco la leche sobre la mayonesa mientras revuelve.*) "No haga eso", "no haga aquello". (*Contestando a los "da-da" de la bebita.*) ¿No es cierto, mi amor? Como si no sirviera para nada. Voy a meter esto en los moldecitos y al horno. (*Va a la cocina con el recipiente. Susana y Jorge regresan cargados con todos los elementos necesarios.*)

SUSANA. — ¡Llorona! Mamita estaba preparando la comida. (*Le saca los pañales.*) Tomá, Jorge, lleválos al baño y tené cuidado de que no se caiga nada al suelo. (*Jorge va con los pañales sucios al baño.*) En vez de ayudarme, us-

ted se pone a llorar. ¿Le parece bien? ¿Eh? ¿Le parece bien? (*La limpia, le echa talco, le pone otro pañal.*) ¿Podés planchar, Jorge?

JORGE. — (*Regresando.*) Sabés que no sé. Sabés que cuando lo hago yo, quemó todo.

SUSANA. — ¿Dónde habré puesto el alfiler?

JORGE. — Tené cuidado.

SUSANA. — No se mueva, mi tesoro, que puede pincharse. Desapareció.

JORGE. — (*Lo busca por el suelo.*) No lo veo.

SUSANA. — Sacá otro del armario, entonces. (*Él va para adentro.*)

JORGE. — (*En off.*) ¿Dónde? ¿Para qué me mandás a mí, si sabés que no sé?

SUSANA. — (*Furiosa.*) Aprendé. Dentro del armario.

JORGE. — (*En off.*) Sí. Dentro del armario. ¿Pero dónde?

SUSANA. — Jorge, no me pongas más nerviosa de lo que estoy. En el cajoncito de arriba.

JORGE. — (*Apreciando con un alfiler y un trozo de pan.*) Ya en contra.

SUSANA. — Entonces, ¿por qué me creás problemas? ¿Qué hacés con ese pan?

JORGE. — Estaba en el armario.

SUSANA. — (*Hace un gesto de fastidio.*) Como la matamos de hambre, esconde comida hasta debajo de la almohada.

Aquí está el alfiler. Dejá.

JORGE. — Susana, dejala que te ayude.

SUSANA. — Jorge...

JORGE. — Dejá que se sienta útil. No está chocha¹.

SUSANA. — ¿No? No sabés cuánto me tranquiliza oírte decir eso. No está chocha. (*Suspira cansada.*) Bueno, tesoro,

¹ Que chocha, es decir, tiene debilitadas las facultades mentales por efecto de la edad.

ro, a dormir ahora hasta la próxima mamadera. ¿Oyó?

(A Jorge.) ¿La acostamos en el cochecito?

JORGE. — ¿A mí me preguntás?

SUSANA. — Mis otros maridos no están en este momento.

¿A quién querés que le pregunte?

JORGE. — ¡Y yo qué sé! (Ella va a acostar a la bebé.)

SUSANA. — Arreglá un poco el plástico y sacudí la almohada.

JORGE. — Susana, si sabés que no sé.

SUSANA. — ¡Jorge!

JORGE. — (Hace los arreglos y descubre un pedazo de tortilla debajo de la almohada.) ¡Tortilla de papas!

SUSANA. — Lo que sobró de anoche. Con razón no la encontraba. A mí se me está acabando la paciencia. Debe de haber guardado algo en cada rincón de su cuarto, porque huele de una manera...

JORGE. — ¿Huele? ¿A qué?

SUSANA. — ¿No tenés nariz vos? ¿No oles como yo? ¡Huele! A podrido, huele. Deberías ir a investigar y sacar todo lo que se puede descomponer.

Aparece mamá Cora.

MAMÁ CORA. — ¿Se durmió?

SUSANA. — En eso está. (La acuesta.) Llévala al cuarto, Jorge, y cerrá la persiana. (Jorge se lleva el cochecito. Susana busca y rebusca sobre la mesa, levantando pañales y otras cosas.) ¿Dónde está?

MAMÁ CORA. — ¿Qué?

SUSANA. — La fuente honda.

MAMÁ CORA. — ¿Cuál?

SUSANA. — Yo dejé sobre la mesa la fuente honda en la que estaba haciendo una mayonesa.

MAMÁ CORA. — ¡Una mayonesa! ¿Eso era una mayonesa?

SUSANA. — No, eran hornigas africanas. Cuatro huevos tenía esa mayonesa, y casi medio litro de aceite.

MAMÁ CORA. — Yo creí...

SUSANA. — ¿Qué creyó?

MAMÁ CORA. — (Defendiéndose.) No parecía mayonesa.

SUSANA. — ¿Qué hizo con ella?

MAMÁ CORA. — Flancitos con leche. (Susana corre a la cocina.) Vos hablaste de flancitos anoche. Ibas a hacer flancitos. (Aparece Jorge.) Vos la oíste. ¿Iba o no iba a hacer flancitos? (Susana regresa.)

SUSANA. — (Dramáticamente.) Cuatro huevos, litros de aceite, litros de leche, sal, mostaza y seguramente toneladas de azúcar, para tirar a la basura.

JORGE. — ¿Qué querés decir?

SUSANA. — Quiero decir que no solo perdimos dinero, sino tiempo. Me echó a perder la mayonesa.

JORGE. — Mamá, ¿por qué hiciste eso?

MAMÁ CORA. — No tenía cara de mayonesa, Jorge.

JORGE. — ¿Por qué no preguntaste? No hagas nada sin preguntarle primero. (Susana se saca el delantal, lo arroja al suelo y sale de la casa.) ¿Adónde vas? ¡Pará! ¡Susana! (Sale detrás.)

Mamá Cora mira a su alrededor mientras levanta el delantal, antes de salir rumbo a la cocina. El resto de los pañales se pierden rápidamente en la parrilla, y queda el litro de mayonesa de Elvira y Sergio. Este, en pijama, acostado en el sofá, lee un diario. Se oye música y la voz latosa de un locutor de radio dando noticias de 1962.

SERGIO. — (Suena el teléfono.) ¡Matilde! (Siguen sonando el teléfono.) ¡Teléfono!

EIVRA. — Podrías atender vos, ¿no?

SERGIO. — Es el único día de descanso que tengo.

EIVRA. — Me gustaría saber cuál es el mío. (Levantita al auxiliar.) ¡Hola! ¡No! Aquí no hay ninguna Paquita. (Cuelga.) Haceme el favor de atender el teléfono cuando suene.

SERGIO. — Ni soñarlo. Que atienda Matilde, que siempre es para ella.

EIVRA. — Está durmiendo. ¿No sabes que se acostó a las cuatro de la mañana?

SERGIO. — ¿Dónde estuvo hasta esa hora? ¿Los vecinos la vieron entrar? ¿Quién la trajo? ¿Vos le diste permiso?

EIVRA. — ¿Cuál de las cuatro preguntas querés que te comente primero?

SERGIO. — Yo no pienso moverme de este sillón. (Ella hace un gesto de fastidio, saca una fuente de un mueble y va a la cocina.) ¿Está claro? Así que si vuelve a sonar... Porque el único día de descanso que tengo no voy a pasar-me...

EIVRA. — (Regresando con la fuente.) Che, che, che, que yo no descanso nunca y no hago tanto ruido. También yo pude haberme quedado en cama hasta las once, pero a vos se te ocurrió la prodigiosa idea de invitar a tu hermano Antonio y a Nora.

SERGIO. — Ellos nos invitaron la semana pasada.

EIVRA. — Nosotros los habíamos invitado la anterior.

SERGIO. — Les hubieras dicho que no vinieran y basta.

EIVRA. — ¿Y privarte de los mimos que te hace?

SERGIO. — ¿Qué mimos?

EIVRA. — (Imitando a Nora.) "Mi amante maravilloso", "cielo mío", "amorcito de Nora".

SERGIO. — Creí que la apreciabas.

EIVRA. — ¿A esa hipócrita? Sí, le tengo cierta simpatía. Porque es fina y tiene clase, que es algo que por cierto no sobra en la familia.

SERGIO. — Entonces dejate de protestar.

EIVRA. — Protesto porque al fin y al cabo ellos tienen sirvienta y yo no. ¿Por qué no nos invitan más seguido? ¡Qué desgracia! Los únicos ricos de la familia y se les ilumina la cara cuando les ahorramos una comida. (Sale por fin con la fuente. Sergio da vuelta la página y sigue leyendo. Suena el timbre de calle.)

SERGIO. — ¡Elvira! Timbre.

EIVRA. — (Reparece, un poco fastidiada.) Te estás tomando demasiado en serio lo del descanso.

SERGIO. — ¿No ves que estoy en pijama?

EIVRA. — ¿Por qué no te vestís? (Abre.) Hola. ¿Cuánto? ¿Qué? ¿Estás loco? Óíme, Pepe, llevátelas. (Cierra.) Dos botellas de vino, ciento veinte pesos.

SERGIO. — ¿Y qué les vas a dar?

EIVRA. — Agua. Yo no pago sesenta pesos por una botella de vino. ¿Qué hora es?

SERGIO. — Ese reloj está parado.

EIVRA. — Deben de estar por llegar. ¿Por qué no te vestís?

SERGIO. — ¿Tengo que ponerme el esmoquin para comer con mi familia?

EIVRA. — En pijama, no comés. Y andá a darte un baño, que hace varios días que lo estás necesitando.

SERGIO. — Me bañé anteayer.

EIVRA. — En sueños. Te bañás o esta noche no te metés en mi cama. (Elvira va a la cocina.)

MATILDE. — (Desde su cuarto.) Mamá...

EIVRA. — (Desde la cocina.) ¿Qué querés?

MATILDE. — (Desde su cuarto.) ¡La cañilla!

ELVIRA. — (Desde la cocina.) Está cerrada.

MATILDE. — (Desde su cuarto.) Estoy toda enjabonada. (Sergio arroja el diario al suelo y se rasca el pie izquierdo contra el sofá. Matilde viene de su cuarto envuelta en un toallón y el pelo metido en una gorra de baño.) Cortaron el agua.

SERGIO. — Y después viene aquella insistiendo en que me bañe.

MATILDE. — ¿Con qué me saco el jabón?

ELVIRA. — (Viendo de la cocina.) Otra vez cortaron el agua.

(Con gesto dramático se dirige al teléfono y marca un número.) ¿Elisa?... Elvira... ¿Qué pasa con el agua?... A mí no me avisó nadie... ¡Cuatro horas...! ¿Desde cuándo...? ¿Desde ahora mismo? Tengo que hervir los raviolos... No ttre la suya. Hiérvalos y llámeme, que voy a buscarla. Gracias. Es usted un ángel. (Cuelga.) Yo hago raviolos, ella hace raviolos. Yo hago puchero, ella hace puchero. ¡Qué país!

SERGIO. — ¿Qué te importa? ¿Qué pasó?

ELVIRA. — Cortaron el agua por cuatro horas. Me lo hacen a propósito.

SERGIO. — ¿Quién?

ELVIRA. — ¿Por qué no me avisó?

SERGIO. — A lo mejor trataron de avisarnos. Recordás que el timbre sonó durante media hora esta mañana.

ELVIRA. — Vas a tener que ir al bar, Matilde, a comprar unas botellas de agua mineral.

MATILDE. — Estoy enjabonada.

ELVIRA. — ¡Mejor! Así vas al bar como por un tubo.

MATILDE. — Me acosté a las cuatro de la mañana.

SERGIO. — De eso, casualmente, quería hablar. ¿Se puede saber dónde estuviste hasta esa hora?

MATILDE. — (Yendo furiosa a su cuarto.) En un cabaret con doscientos marineros.

SERGIO. — Esta se me está remontando³ un poquito, de un tiempo a esta parte. Me parece que le voy a tener que aplicar un "sosegate"⁴ uno de estos días.

ELVIRA. — (Se sienta, cansada.) ¡Qué cansancio!

SERGIO. — ¿Por qué? (Ella lo mira furiosa.) Solo te hice una pregunta.

ELVIRA. — Me pasé toda la mañana echada en el sofá, leyendo el diario.

SERGIO. — Fue solo una inocente preguntita.

ELVIRA. — No me hagas inocentes preguntitas. ¿Acaso no sabés el trabajo que da una casa?

SERGIO. — ¡No lo voy a saber! ¡Si no hablás de otra cosa! Mi pobre madre quedó viuda a los treinta y cinco años y con seis hijos...

ELVIRA. — Conozco el tango.

SERGIO. — Atendía la mercería...

ELVIRA. — Cocinaba, zurcía, tejía, bordaba y seguramente jodía, y jamás se le oyó una queja. Me lo contaste más de un millón de veces. Pero yo soy de carne y ella era de hierro.

SERGIO. — ¡Pobre vieja! ¡Pobrecita!

ELVIRA. — ¡Tangos, no!

SERGIO. — Cuando pienso en todo lo que sufrió la pobre y en la poca felicidad que tuvo...

ELVIRA. — Cuando pensás en todo eso no pasa nada. Lo pensaste más de un millón de veces y jamás pasó nada. (Suena el timbre de calle.) Son ellos. ¡Yo me mató! (Abre la puerta.) ¡Hola! (Entra Jorge y detrás de él, como una furia, Susana. El primero, en mangas de camisa, así como lo vimos al principio.) ¿Qué pasa?

³ Envalentonando.

⁴ Reprimenda.

SUSANA. — Pasa que yo ya no doy más.

SERGIO. — (*Incorporándose.*) ¿Tan grave es la cosa que ni siquiera pueden decir "buenos días"?

SUSANA. — No es un buen día para nosotros, Sergio.

JORGE. — (*Contemporizador.*) Buenos días, buenos días.

SERGIO. — Buenos días. Ahora sí, ¿qué pasa?

SUSANA. — Pasa que yo solo tengo treinta años y que no me resigno a vivir en una casa que no es mi casa y en la que soy nada más que una sirvienta.

JORGE. — Ya está. Ya tuvo que salir con esa estupidez.

ELVIRA. — Oigan, ¿por qué no van a ventilar los trapos sucios en la azotea de ustedes?

SUSANA. — Porque estos trapitos también son de ustedes. (*A Elvira, muy furiosa.*) Hace cuatro años que tu suegra vive en mi casa, y parece que con el firme propósito de no moverse de ella.

ELVIRA. — ¡Mi suegra!

SUSANA. — Sí. ¡Tu suegra! (*A Sergio, aún más furiosa.*) Y tu madre.

SERGIO. — ¿En qué te molesta la pobre santa, si es que se puede saber?

SUSANA. — ¿En qué me molesta? ¿Me preguntó en qué me molesta? En qué no me molesta, deberías preguntar. ¿Quieres que te diga en qué me molesta? Si realmente tenés interés en una respuesta, yo te la doy. La tengo en la cocina, en el baño, en el living, en el dormitorio, en el pasillo, en la terraza y... (*Tocándose la garganta.*) aquí. Aquí, la tengo. No puedo moverme sin tenerla encima, y vos me preguntás en qué molesta.

SERGIO. — ¿Cómo podés hablar así de una pobre anciana que quién sabe si le quedan aún tres años más de vida?

SUSANA. — Eso me dijeron cuando se vino a vivir con nosotros hace cuatro años. Y no estoy rezando para que

se muera. Que viva otros doscientos años, pero que viva en otra parte. Conmigo, ya cumplió.

SERGIO. — (*A Jorge.*) ¿Qué pasó?

JORGE. — Susana estaba preparando una mayonesa para hacer salsa golf...

ELVIRA. — (*En voz muy baja, mirando a su marido.*) ¡Qué finos!

JORGE. — ...Y tuvo que dejarla un momento porque la ne-
na lloraba. Cuando volvió, se encontró con que mamá
había transformado la mayonesa en flancios de leche
con maicena.

ELVIRA. — (*Quitándole importancia.*) ¿Y por eso levantan tanto escombro⁵?

SUSANA. — (*A Jorge.*) ¿Y lo de los merengues? Esto te lo guardás, ¡ehl! (*A Elvira y Sergio.*) Huevo que compro, le quita la clara para hacer merengue.

JORGE. — Ella dice que son sanos y que yo necesito calcio.

SUSANA. — ¿Y qué hago yo con todas las yemas que va acumulando en la heladera?

ELVIRA. — Mayonesa para hacer salsa golf. ¿Quién te entiende? ¿No querías hacer una mayonesa para hacer salsa golf, para echarle a los langostinos, palmitos y otras exquisiteces?

SUSANA. — Mirá, Elvira, que esto no es chiste. Traela a vivir una semana a tu casa y vas a ver si tengo o no razón. (*A Sergio.*) La gran fotografía de tu padre en la sala. En el sitio más visible.

SERGIO. — ¡Pobre mamá!

SUSANA. — ¡Pobre mamá! (*Mirra desesperada a su marido.*) ¡Dice "pobre mamá"! (*A Sergio.*) Yo no quiero fotogra-

⁵ Hacen tanto escándalo.

fias en el comedor. Yo quiero cuadros o monos o lo que sea, pero no quiero fotografías. Mi padre está muerto también, y tengo sus fotografías muy guardadas en un cajón. Y, para colmo, desde hace una semana se ensucia de una manera...

SERGIO. — ¿Se ensucia? ¿Cómo que se ensucia?

SUSANA. — ¿Quieres que te haga un dibujito? ¿No sabes cómo se ensucian los chicos?

SERGIO. — Queres decir que...

SUSANA. — Sí. Quiero decir eso. Y no le voy a poner unas bombachitas de goma como a una criatura. Tengo que andar con el trapo en la mano limpiando sus...

JORGE. — ¡Por favor, Susana!

SUSANA. — ¡Por favor, nada! Se va ella o me voy yo. No sigo un día más viviendo con ella.

SERGIO. — ¿Desde cuándo le pasan estas cosas?

JORGE. — ¡Hace una semana! (Enojado.) ¡Te lo acaba de decir! La pobre no se da cuenta.

SERGIO. — ¡Pobrecita!

SUSANA. — Sí. Mucho "pobrecita", pero nunca hiciste nada por ella. Es muy fácil decir "pobrecita" a cuatro cuerdas de distancia. Pero ella no es mi madre y yo no tengo por qué aguantarla. Mete las manos en todas partes, manosea todo...

SERGIO. — Te querrá ayudar.

SUSANA. — (Muy nerviosa.) ¡Que se quede quieto! Yo no quiero ayuda. Si agarro una olla chica, ella dice que agarre una más grande. Me quita las cosas de las manos, prueba la comida mil veces para ver si está comidantada, revuelve todo el día en el armario y... (A Jorge, muy enojada.) ¿Me quieres decir qué busca en ese armario? ¿Qué espera encontrar? ¿Petróleo? Todo el día saca las cosas y las vuelve a poner y desarregla to-

do que es un contento. Hace quince días, aprovechando que nosotros no estábamos, quiso bañar a la nena.

ELVIRA. — ¡Qué bien!

SUSANA. — (Rápidamente.) Casi me la ahoga.

JORGE. — La pobre sufre porque se da cuenta de que ya no sirve para nada y trata de demostrar que...

SUSANA. — Para hacerme rabiar, nada más. Para eso sirve.

(A Elvira.) ¿Por qué no te la traes por un tiempo?

ELVIRA. — (Yendo a la cocina.) ¿Dónde querés que la ponga?

SUSANA. — En el cuarto del fondo.

ELVIRA. — (Desde la cocina.) ¿En el cuarto de los cachivaches? Ahí ya no cabe ni un alfiler.

SUSANA. — En ese cuarto cabe más que de sobra una cama.

(Reparece Elvira.)

ELVIRA. — Ese cuarto es de dos por dos y ya no hay sitio ni para un pelo escuálido.

SUSANA. — Entonces la ponés aquí o en tu cama, pero en mi casa se terminó. Cuatro años es bastante tiempo, ¿no te parece?

ELVIRA. — ¿Por qué se te ocurre que tiene que venir acá? ¿Acaso no hay más hermanos?

SUSANA. — A mí me importa un soberano pito adónde vaya o con quién. Solo quiero que me la saquen de mi casa.

JORGE. — ¡Pero será posible! ¡Ya está bien! Estás hablando de mi madre. (Silencio breve.) Sergio... hacele un sitio acá.

SERGIO. — Pero Jorge...

JORGE. — Hacele un sitio. Vos sos tan hijo como yo, y tu muer es mucho más paciente que la mía.

ELVIRA. — Paciente hasta por ahí nomás, chiquito. Porque yo también tengo mis nervios y no estoy como para andar... bueno...

JORGE. — Espero, Elvira, que nunca te pase esto. Y si algún día te pasa, te deseo de todo corazón que tu hija tenga paciencia como para aguantarte.

ELVIRA. — ¡La boca se te haga a un lado!

JORGE. — Podría suceder. ¿No? Mi madre fue una mujer tan dinámica como la que más.

SERGIO. — ¡Es increíble!

JORGE. — Sí. Sergio, es increíble. Cuando pienso en cómo era hace solo diez años... Y ahora... ¡es increíble!

SERGIO. — Habría que emplear a una mujer para que la atienda.

SUSANA. — ¡Claro! Como casualmente lo que nos sobra es plata, podríamos contratar los servicios de una enfermera.

SERGIO. — No tiene por qué ser una enfermera. Además, si fuera necesario, la pagaríamos entre los cuatro hermanas.

SUSANA. — ¿Dónde querés que meta a la enfermera?

ELVIRA. — En la habitación de ella. El cuarto de mamá Cora es bastante grande.

SUSANA. — Tan grande como el de Matilde, y lo comparto con la nena.

ELVIRA. — ¿Estás loca? El de Matilde es de dos por dos.

SUSANA. — Lo que quieras, pero tu suegra se viene a vivir a esta casa.

SERGIO. — A mi madre vos no la vas a echar de ningún lado, ¿me oís? Mi madre es una señora, no cualquier cosa. (A Jorge.) ¿No tenés manos para cerrarle el pico de una bofetada?

JORGE. — Sergio... Jorge no sabe expresarse claramente y se acerca a Sergio. Le pone las manos en las solapas del saco pija.) Tiene razón. Ella tiene razón. Tengo una hija de ocho meses...

SUSANA. — Y otra de setenta y ocho años.

JORGE. — Aguantar a la nena ya es un martirio. Lloro todo el día. Es como una usina. No para. Lloro, llora, llora. Trabaja las veinticuatro horas del día. Ustedes insistieron en que necesitaba una familia. Yo vivía tranquilo, pero era el mayor y todos se empeñaron en que necesitaba una familia. ¡Pues bien! Ahora tengo familia.

SUSANA. — ¿Estás arrepentido?

JORGE. — No. Si yo soy feliz. Es que solo estoy desesperado.

ELVIRA. — ¿Por qué no hablan con Antonio y Emilia?

SUSANA. — Emilia es viuda y trabaja como una negra para mantener al vago de su hijo.

ELVIRA. — Miren, ahora nomás viene Antonio. Háganle la oferta a él. A lo mejor, le tienta.

SUSANA. — (Llena de resentimiento.) ¿Los invitaste a comer?

ELVIRA. — Sí. Ellos nos invitaron la semana pasada.

SUSANA. — Evidentemente, nosotros no somos de la familia.

ELVIRA. — ¿Por qué decís eso?

SUSANA. — Desde que me casé con Jorge, comí una sola vez en esta casa. Y fue hace tres años.

ELVIRA. — Y vos, ¿cuántas veces nos invitaste?

SUSANA. — Más de una vez.

ELVIRA. — No me enrostrés⁶ más tus ensaladas rusas ni tu guiso de arroz, que no gozan de gran reputación en el barrio.

SERGIO. — ¡Elvira!

ELVIRA. — ¿Y qué? Si solo hace ensalada rusa y guiso de arroz. (Suena el timbre. Elvira abre.) ¡Hola! (Entran Antonio y Nora. Esta lleva sobre sus hombros una estola de piel.)

⁶ Echés en cara.

y trae en la mano una banderita muy pequeña.) ¡Masas!

¡Si serás mala!

NORA. — Sí. Las mismas de siempre.

ELVIRA. — ¡Con lo que engordan!

NORA. — No seas tan coqueta. ¡Más invitados! ¡Qué sorpresa! ¡Pero qué sorpresa más agradable! (A Susana.)

¿Cómo estás, linda?

SUSANA. — Bien. ¿Y vos?

NORA. — Muerta de calor. (Se besan. A Jorge.) ¿Qué tal, amoroso? Tenés la felicidad pintada en la mirada.

¡Cuánto me alegró! (Besos a Sergio.) ¿Cómo está mi amante maravilloso?

ELVIRA. — ¡Ay! Esta está insistiendo mucho con eso de mi "amante maravilloso". Está empeñada en que empiece a sospechar algo. (Antonio y Nora ríen.)

NORA. — Todo es cierto, mi querida. Todo es cierto. ¡Pero qué idea maravillosa tuviste, Elvira, de invitarlos! ¡Hace tanto tiempo que no nos veíamos! ¡Con lo que yo los quiero! ¿Qué tal, Susana? ¿Qué bien se te ve! ¡Con ese aire tan sereno que te caracteriza! ¡A mí me da una paz verte! Para mí sos como la campaña inglesa. Verde, calma, generosa.

SUSANA. — Siempre con tu ojo clínico vos, para ver el estado de ánimo de la gente.

ELVIRA. — Me parece que lo único que comerán serán estas masas.

ANTONIO. — Me prometiste ravioles con tuco.

ELVIRA. — Y te los amasé con estas manitos. Es que nos quedamos sin agua y no tengo en qué hervirlos.

ANTONIO. — ¡Ah, no! ¡Con la ilusión que traía!

NORA. — ¡Vive soñando con tus comidas, Elvira! Te recuerda cada vez que ve las manchas de tuco que le quedan en las carnisas. (Ríe.) ¿Cuál es el secreto de tus

tucos? No salen con nada. (Ríen todos.) ¿A qué se debe esta deliciosa reunión familiar? (A Elvira.) ¡Qué idea estupenda tuviste, invitándolos! Hace siglos que no los veía.

SUSANA. — Terminá de una vez, Nora. Nosotros no estamos invitados. Hay que tener dinero para que lo inviten a uno. Nosotros somos pobres.

ELVIRA. — Muy espiritual. ¿No hablo siempre de la maravillosa espiritualidad de Susana? No hablo de otra cosa. (A Susana.) ¿Creés que Antonio nos pasa una mensualidad?

ANTONIO. — Por favor, queremos pasar un plácido domingo familiar. Tranquilo, pacífico, sereno y de reconciliación nacional.

SUSANA. — Entonces, llegaron en mal momento.

ELVIRA. — No, querida. Quien llegó en mal momento sos vos. Solo vos y nadie más que vos. Así que, si querés hacernos a todos un favor, te volvés a la camita y te levantás dentro de unas horas del lado derecho, porque no estoy dispuesta, y creo que todos estarán de acuerdo en esto, a aguantar tus impertinencias.

SERGIO. — ¡Por favor! (Ríe. Se dirige a Nora.) Me paso toda la semana añorando el domingo y, cuando llega, mirá lo que tengo.

ELVIRA. — Si no te gusta, ya sabés lo que podés hacer.

NORA. — (Abrazando a Sergio.) ¿Cómo te atreves a hablarle así a mi amante preferido?

ELVIRA. — ¿No te lo dije? (A Antonio.) ¿No te parece que aquí puede haber algo?

NORA. — Pero, dulce, ¿qué puedo hacer para que me creas?

ELVIRA. — Nada. No es necesario que hagas nada.

NORA. — ¿Será posible que nadie me tome en serio? ¡Es ofensivo!

ELVIRA. — Dame el bolso, la piel y los guantes y sentate. *(Nora está vestida de modo ostentoso. Usa gafas negras y a pesar del calor, un vestido lleno de lentejuelas muy poco apropiado para la hora.)*

NORA. — Las gafas, no. Odio la luz del mediodía.

ELVIRA. — ¡Ah, sí! ¡Es cierto! *(Yendo al dormitorio principal.)*

Sergio, ocupate de los drinks⁷.

NORA. — ¡Drinks! Funcionan las clases de idioma, según veo.

SERGIO. — Sí. Dice "no" en cuatro o cinco idiomas.

NORA. — Malo. Daría mi reino por un vermut. A ver si así me despejo un poco.

ANTONIO. — *(A Susana.)* ¿Cómo está la chiquita?

SUSANA. — *(Agresiva.)* Bien.

NORA. — Aún no cumplió el añito, ¿no? Siempre me olvidado de preguntar por ella. No es que no la recuerde, ¡eh! Ocupa un sitio muy importante, tanto en mi corazón como en mis pensamientos. ¿No es cierto, Antonio, que siempre hablo de ella?

ANTONIO. — *(Distraído.)* ¿De quién?

NORA. — De la chiquita. Siempre le digo a Antonio que ¡a más había visto en mi vida una bebida más linda. ¿No es verdad, tesoro?

ANTONIO. — Sí, sí.

NORA. — ¿Todavía no cumplió el año, no?

SUSANA. — No. Acaba de cumplir los ocho meses. *(Entra Matilde vestida con un lindo vestido primavera.)*

NORA. — Con vos se completa el cuadro familiar. Sospecho que este va a ser el día más lúcido de mi vida. Esta criatura me devuelve la juventud.

MATILDE. — Buenos días. ¿Qué tal, tío Jorge?

JORGE. — *(Besándola.)* ¿Cómo estás? Nunca tenés un momento para ir a visitarnos. A cuatro cuabras. Vivimos a cuatro cuabras y creo que todavía no conocés ni a tu prima.

MATILDE. — ¡Claro que la conozco! ¿No te acordás que fui al sanatorio a ver a tía Susana?

ELVIRA. — Sí. Con escarpinicos, batitas y otras cosas.

MATILDE. — *(Besando a Susana.)* ¿Qué tal, tía? *(A Nora, después de besarla.)* ¡Qué bonito vestido!

NORA. — ¿Te gusta? *(Nora da una vuelta para que Matilde lo aprecie en conjunto.)* Modelito de Jamandreu⁸. ¿No es precioso?

MATILDE. — Un sueño.

SERGIO. — *(Que ha sacado varias botellas casi vacías del aparador.)* Matilde, llevala este vermut a tu tía. *(Matilde va a buscarlo.)* Susana, ¿vos qué vas a tomar?

SUSANA. — *(Picada.)* Si las tías toman vermut, yo creo que no voy a tomar nada.

NORA. — ¿Por qué decís eso?

SUSANA. — Porque mi cuñado dijo: "Matilde, llevala este vermut a tu tía". Pudo haber dicho "a tu tía Nora". Pero no. Él deja por sentado que la única tía que tiene Matilde es Nora y el único tío, Antonio. Nosotros somos pobres.

SERGIO. — Te viniste con todos los cables pelados, ¡eh! *(Matilde le alcanza a Nora el vermut.)*

MATILDE. — Tía...

NORA. — Gracias, querida.

MATILDE. — Enseguida te sirvo, tía Susana.

⁷ "Bebidas", en inglés.

⁸ Paco Jamandreu, famoso modisto argentino, realizó modelos para estrellas de cine y mujeres de la alta sociedad.

SUSANA. — ¿No sabes que no tomo?

SERGIO. — ¿Por qué armás tanto escándalo, entonces?
¿Dónde está la botella de coñac?

MATILDE. — Mamá la tiene guardada.

ANTONIO. — Servime un whisky.

SERGIO. — ¡Ehhh, loco! ¡Whisky! (A gritos.) Elvira, ¿dónde guardaste el coñac?

ELVIRA. — (Desde adentro.) En el placard. Vení a buscar la botella, Matilde. (Matilde va al dormitorio.)

NORA. — ¿Cuándo van a llevarme a la nena? ¡El jardín está tan maravilloso! ¡Aquello es tan inspirador! ¡Tienen que ir, jeh! Tienen que ir. ¿Cuándo van a ir?

SUSANA. — Apenas nos inviten. (Regresa Matilde.)

NORA. — Mañana. (Rápidamente.) ¡No! Mañana, no. Y el martes... tampoco. El miércoles te telefoneo y quedamos. La chiquita podrá correr por el jardín y tomar un poco de aire puro.

SUSANA. — Recién tiene ocho meses, todavía no corre.

NORA. — Pero imagino que respirará, ¿no? (Ríe.) Adoro a los niños. Será por eso que Dios me hizo estéril.

MATILDE. — ¿No consultaste al médico? A veces son los hombres los que no sirven.

SERGIO. — ¿De dónde sacaste eso?

ANTONIO. — Y yo sirvo, chiquita.

MATILDE. — ¿Cómo lo sabés? El hecho de que puedas eyacular no quiere decir...

SERGIO. — ¿Pero de qué habla esta? Estás hablando como un yiro⁹. ¡Elvira! ¿La oís?

MATILDE. — Estoy hablando de cosas naturales.

SERGIO. — En mi casa no quiero que hables de cosas natu-

rales. ¿Qué es esto? ¿Un quilombo¹⁰? Eso es lo que aprendés en la escuela?

NORA. — (Riendo.) ¡Miren la cara de Sergio!

SERGIO. — Quiero que me digas, ahora mismo, de dónde sacaste esa expresión.

MATILDE. — ¿Eyacular? Lo leí en ese libro que tenés en tu mesa de luz. No pensarás que todavía soy virgen, ¿no?

SERGIO. — Por tu bien, espero que lo seas. ¡Elvira!

ELVIRA. — (Desde adentro.) Quiso decir que no es tarada.
¿Verdad, tesoro, que solo quisiste decir eso?

MATILDE. — Sí, mamá.

SERGIO. — ¡Me da cada susto! Esta mañana volvió a las cuatro de no sé dónde y cuando le pregunté de dónde, me contestó: "de un cabaret con doscientos marineros".

ANTONIO. — Pero ¿dónde estuviste hasta tan tarde?

MATILDE. — Fuimos a la fiesta de la parroquia con mi amiga íntima y doña Elisa. No hicimos nada malo.

SUSANA. — ¿A qué le llamas vos hacer algo malo?

MATILDE. — A dar besos de lengua y esas cosas. Pero aun que una quisiera hacer algo malo, ¿con quién lo iba a hacer? Y sobre todo, ¿dónde? (Suena el teléfono. Matilde atiende.) ¡Sí! Ah, ¿qué dice, doña Elisa? Un momento. (Deja el auricular descolgado sobre la mesa y se acerca a la puerta del dormitorio.) Mamá, es la hinchapelotas de al lado.

SERGIO. — ¡Pero idiota! ¿Querés que te oiga? (Aparece Elvira con otro vestido más "a tono" con las invitadas.)

MATILDE. — Doña Elisa ya hirvió los ravioles, pero dice que el agua se le consumió un poco y que tiene demasiada almidón.

9 Prostituta.

10 Prostituido.

ELVIRA. — Andá a buscarla y tené cuidado de no quemarte.

MATILDE. — Siempre tengo que ir yo. (*Matilde sale.*)

ELVIRA. — ¡Llevá las agarraderas! ¡Matilde! Se me va a quemar.

SERGIO. — ¡Que se joda!!

ELVIRA. — Menos mal que esa charlatana me imita en todo.

Hago puchero. Hace puchero.

SERGIO. — ¡Elvira! El teléfono. (*Elvira mira el teléfono con espanto.*)

ELVIRA. — ¿Habrá oído? Ay, Dios mío, ¡que no haya oído!

(*Toma el auricular. Se lo lleva al oído y cuelga rápidamente.*)
SÍ. Oyó. ¡Qué criatura estúpida! (*Regresa Matilde.*)

MATILDE. — Elisa me dijo que nos podíamos ir todos a un lugar espantoso.

ELVIRA. — ¡Minusválida mental! ¿Quién te enseñó a dejar el teléfono descolgado?

MATILDE. — Nadie. Aprendí sola. (*Todos ríen, menos Susana y Elvira.*)

ELVIRA. — ¡Estúpida!

SERGIO. — ¡También vos! Cuando se trata de mover la sin hueso¹¹...

ELVIRA. — ¿Quién podía imaginar que el teléfono estaba descolgado? ¡Qué horror! ¡Con la lengua que tiene esa mujer! Siempre me pasan estas cosas. (*Nora y Antonio ríen.*)

SUSANA. — Eso te pasa por la increíble facilidad que tenés para juzgar a todo el mundo.

ELVIRA. — Que yo sepa, Susana, a esta fiesta nadie te invitó. ¿Cómo quedarán los ravioles hervidos en agua mineral?

ANTONIO. — Supongo que bien.

ELVIRA. — (*A Matilde.*) Andá a comprar media docena de botellas de agua mineral. (*Matilde hace un gesto de fastidio y sale.*)

NORA. — Ay, Elvira, yo creo que viviría en tu casa. Me divierto tanto aquí. (*Ríe.*) ¡Siempre te pasan cosas tan descabelladas!

ELVIRA. — Sí. Me pasan muchas cosas y esta es la peor de todas. No conocés a mi vecina. Es capaz de decir que me vio, con sus propios ojos, en la cama con el portero.

SERGIO. — ¡Mirá cómo se escuda!

NORA. — ¡Cómo se descubren las cosas!

SERGIO. — Ya me parecía que el portero me saludaba con más amabilidad estos últimos tiempos.

ELVIRA. — ¿Por qué no se van a la mismísima "eme"?

NORA. — Ay, ¡se puso colorada! (*Ríe.*) Por fin podemos perder nuestros escrúpulos, amante mío adorado. (*Abrazo a Sergio. Ríen todos, menos Susana y Elvira.*)

ELVIRA. — (*Yendo a la cocina.*) Váyanse al diablo.

NORA. — ¡Enrojeció de veras, eh!

ANTONIO. — Sí. Pero de rabia.

JORGE. — ¿Vamos, Susana?

NORA. — ¿Qué apuro tienen? No nos vemos nunca.

SUSANA. — Yo no tengo sirvienta.

NORA. — (*Asociando.*) ¿Cómo está mamá Cora?

SUSANA. — (*Encantada de tener una oportunidad de retornar el tema, vuelve sobre sus pasos.*) ¡Espléndida!

NORA. — Supongo que cocinará ella, ¿no?

SUSANA. — Sí. Hace muchas cosas.

ANTONIO. — Hace como dos meses que no la veo.

SUSANA. — Sí, son todos muy buenos hijos. Yo no dejo de ver a mi madre ni un solo día.

¹¹ Mover la lengua, es decir, charlar.

ANTONIO. — Después de comer, la llevaré a dar un paseo con el coche. El aire le va a sentar bien.

SUSANA. — Lo que le haría bien es que la invitaras a pasar un tiempo en tu casa.

NORA. — ¡Ay, no! ¡Pobre! Se aburriría como una ostra. (Con intención.) ¿No se siente feliz en tu casa?

SUSANA. — ¿Cómo se va a sentir feliz en esa ratonera? Sin aire, sin luz... ¡La pobre sería tan feliz cuidando las flores de tu jardín!

NORA. — ¡Pero si nunca estamos en casa! Antonio vive en la oficina, ocupándose de las finanzas, y yo no dejo un solo día de ir a casa de mamá. Sabés que la pobre está cada día peor. Apenas si camina.

SUSANA. — ¿Qué tiene?

NORA. — Los médicos dicen que no tiene nada. Pero la pobre está casi parálitica. He pensado seriamente en llevarmela a casa, pero papá tiene un carácter tan imposible, que supongo que a los dos días Antonio y él discutirían por cualquier cosa.

ANTONIO. — Confieso que tengo muy poca paciencia con los viejos.

SUSANA. — Pero con tu madre deberías tener un poco más. Hace cuatro años que vivo con ella y sé que la pobre sería muy feliz si pudiera descansar por un tiempo en la casa de otro hijo.

NORA. — ¿Por qué? Digo... ¿qué iba a decir? ¡Ah, sí! Pero, ¿cómo podés decirle a la pobre y querida anciana que se vaya a la casa de otro hijo, sin quererla?

SUSANA. — No tengas miedo, no se sentiría herida.

JORGE. — Mamá cumplió la semana pasada setenta y ocho años, Antonio.

ANTONIO. — ¡Putal! ¡Se me pasó! ¿Por qué no me lo recordaste?

JORGE. — ¿Por qué? Tenés una sola madre y pudiste haberle acordado sin ayuda.

ANTONIO. — Tengo otras cosas más importantes en la cabeza que el cumpleaños de mamá. Hiciste mal, Jorge. Debiste avisarnos. Al fin y al cabo, ella vive en tu casa y por esa razón tenés más obligaciones que nosotros.

SUSANA. — Eso sí que está bien. ¿Sabés que te funciona el cerebro? ¡De veras, Antonio, que sos inteligente! Encima de que vive en casa, somos nosotros los que tenemos que cargar con todas las obligaciones. Te aseguro que me dejaste pasmada. Realmente... no puedo cerrar la boca. Estoy sumida en el asombro. (Furiosa.) En cuatro años fueron incapaces de preguntarle si necesitaba algo.

ANTONIO. — Supongo que Jorge le dará lo que ella necesita.

SUSANA. — ¡Lo suponés! ¿Por qué lo suponés? No supongas. ¿Qué te hace suponer eso? ¿Nuestro ritmo de vida? No es una vida rumbosa¹² la nuestra, Antonio. ¿Sabés lo que gana tu hermano?

JORGE. — ¡Bueno, basta!

SUSANA. — Me pasé todo el invierno con mi tapado viejo, juntando peso por peso para reunir la cantidad necesaria como para comprarme otro. Cuando por fin lo gré reunirla, tu madre tuvo un ataque hepático y la fortuna se me fue al diablo, entre médicos y medicamentos. A ninguno de ustedes se le ocurrió preguntarnos si necesitábamos ayuda.

NORA. — Sí, realmente... creo que la manutención de mamá Cora es algo que nos concierne a todos.

¹² Pompposa, magnífica.

SUSANA. — Tampoco es solo una cuestión de plata, Nora. No es solo eso. Es que... bueno... yo estoy un poco cansada y quisiera vivir sola con mi marido y mi hija por un tiempo. ¡La puta madre! ¿No tengo derecho a un mes de vacaciones?

NORA. — ¡Claro que sí! Esto está fuera de toda discusión. Pero insisto. Creo que sería de una extrema crueldad decirle a esa señora... a esa dama... que se vaya a casa de otro hijo por un tiempo.

SUSANA. — Ella se sentiría feliz de que los hijos se la disputaran un poco.

NORA. — Hay que tener cuidado en eso.

SUSANA. — ¡Pero si se queja de todos!

ANTONIO. — Yo estaría dispuesto a pasarle un dinero por mes. ¿Cuánto te parece, Jorge?

SUSANA. — No necesitamos tu dinero. Lo único que queremos es que te la lleves por un tiempo a tu casa.

ANTONIO. — No hables de ella como si se tratara de un prito o de un par de zapatos viejos.

SUSANA. — Es mi manera de hablar. *(Entra Matilde con dos botellas de agua.)*

MATILDE. — ¿Se puede saber qué dijo mi madre para que la vecina me mire con ojos de asesina? *(Entra.)*

NORA. — Te voy a ser franca, Susana. Si yo me la llevara a casa, mi madre sentiría unos celos terribles. Y las dos juntas... *(Ríe.)* ¿Y aquí, Sergio?

ELVIRA. — *(Que ha oído todo, entra rápidamente.)* Aquí no hay sitio. Ya discutimos eso con Susana. Esta casa es chica y no hay sitio.

NORA. — ¿Y en lo de Emilia?

SUSANA. — Emilia vive en una habitación, con su hijo.

ANTONIO. — ¡No! ¡Claro que no! La pobre Emilia tiene unos problemas terribles.

NORA. — Pero sería la solución, incluso para Emilia, que entre todos le pasáramos una mensualidad.

JORGE. — ¡Emilia tiene un carácter tan amargo! Mamá se moriría a los dos días de estar con ella.

NORA. — ¡Realmente! ¿Qué carácter horrible tiene esa mujer!

SUSANA. — Tiene sus motivos.

NORA. — ¡Sí, claro, pobrel! Si yo no quise decir... ¡Pero, con todo! Hay gente que trabaja duramente y no deja de sonreír por eso.

SUSANA. — Emilia es viuda y sé que no tiene para comer.

ANTONIO. — Por eso no voy a verla. No puedo soportar que pase hambre.

NORA. — Y es viuda hace cinco años. ¿Hasta cuándo se puede llorar la muerte de un marido?

ANTONIO. — Esa pregunta me inquieta bastante. ¿Cuánto tiempo me vas a llorar a mí?

NORA. — No te preocupes, querido, que yo voy a morir antes. A los doce años, una gitana me pronosticó que moriría a los cuarenta.

SERGIO. — Entonces, todavía te quedan quince años de vida.

NORA. — Reite vos, reite... pero yo todavía no tengo esas patitas de gallo que vos sí tenés en esos ojos preciosos.

SERGIO. — ¿Patitas de gallo? ¿Dónde?

NORA. — ¡Qué caradura! ¡No tiene otra cosa y pregunta dónde las tienel! ¡Ahí las tenés, locura mía!

ELVIRA. — Bueno, bueno, que se te está yendo la mano. Mucho chiste, mucho chiste, pero a mí me parece que ya hay un olorcito a quemado.

ANTONIO. — Lo que huele es a salsa maravillosa. ¿Falta aún mucho para saborear esos ravioles?

ELVIRA. — Diez minutos. Pero no hay garantías, ¡eh! Me

trajo dos botellas de agua que apenas si van a cubrir la mitad de los raviolos.

ANTONIO. — Van a salir perfectos.

SERGIO. — El estómago me hace ruidos extraños.

ELVIRA. — A vos el estómago te pide comida a todas horas.

Para mí que tenés unas solitarias estupidas.

NORA. — ¿Cuántas puede tener el pobre? Se llaman solitarias precisamente porque se tienen de a una.

SERGIO. — ¡Claro! Si tuviera más, se llamarían "acompañadas". (Rien todos, menos Susana.) ¡Reife, Susana!

SUSANA. — No tengo ganas.

SERGIO. — (Se pone a hacer gracias delante de ella.) ¿A ver cómo se ríe este pepinillo en vinagre? ¿A ver cómo se ríe el terror del barrio? ¿A ver una sonrisita por lo menos? ¿A ver? ¿A ver?

SUSANA. — ¿Querés dejarte de joder? ¿No te das cuenta de que estoy a punto de estallar? Hace cuatro años que acumulo rabia contra ustedes. Me va a costar mucho reírme de tus estupideces.

NORA. — Pero, dulce, ¿qué te pasa? ¡No echés a perder un día tan radiante!

SUSANA. — Para mí es un día tan feo como cualquiera.

NORA. — Me pregunto por qué. Sos una mujer joven, llena de atractivos, inteligente, serena, reposada, comprensiva...

SUSANA. — (Indignada porque se siente manipulada por Nora.) Sé como soy, Nora. No necesito tus halagos. Lo único que quiero es un poco de paz.

NORA. — Ay, querida, si yo no conociera a esa santa anciana, pensaría que es una bruja capaz de las peores atrocidades.

ANTONIO. — Mamá es el ser más dulce de la Tierra.

ELVIRA. — No hacés más que quejarte y ¿querés que te di-

ga algo? No tenés derecho. Vos pudiste comprarte un televisor color y nosotros, no.

SUSANA. — El televisor fue un regalo de casamiento. Y mal-dito sea el momento en que nos lo regalaron.

NORA. — ¿Por qué? Es una compañía maravillosa cuando una está sola.

SUSANA. — Gracias a él, siempre tenemos la casa a oscuras. Mamá Cora se pasa las horas mirando esos estúpidos programas.

ANTONIO. — ¡Pobre! Menos mal que encuentra interés en eso.

SUSANA. — Pero ¡todo el día! Y a todo volumen, claro, porque como está casi sorda... (Breve silencio.) Antonio, se lo pedí a Sergio y ahora te lo pido a vos. Por favor, denme unas vacaciones sin mamá Cora. Nada más que un mes. (Silencio. Susana sale.)

JORGE. — Está muy nerviosa. Ustedes quisieron que viviera una familia. Ahora tengo familia. Estoy desesperado. No es que sea desgraciado, ¡eh! Yo soy feliz, pero no puedo más. Si quieren, lo pido de rodillas. Lléven-sela por un tiempo. Se lo ruego. No aguanto más. (Sale. Silencio.)

NORA. — ¡Qué his-té-ri-cos es-tán!

ELVIRA. — ¿Ahora entendés lo que te digo cuando hablamos de ella?

SERGIO. — ¡Pobre Jorge!

ELVIRA. — ¿Pobre? ¡Es un estúpido! Un hombre de cincuenta años, en sus cabales, no se casa con una mujer veinte años más joven. Después de todo, a ella, yo la comprendo. Susana es una mujer joven y no creo que Jorge la haga demasiado feliz.

NORA. — ¿Por qué? ¡Es tan bueno!

ELVIRA. — ¿Bueno para qué? No precisamente para lo que

ella quiere. Con el temperamento que tiene, tan volcánico, se casa con ese cadáver viviente. (*Nora ríe.*) ¡Si es verdad! ¿Por qué nos hizo caso? ¿Por qué se casó, si no quería? ¿Alguien le puso el revólver en el pecho? Y sobre todo, ¿por qué se casó con esa fiera? A veces me pregunto quién les habrá ayudado a hacerles esa hija. (*Nora ríe más.*) Pero, mujer, ¡si es una bobal! Ella se pasó una hora hablando pestes de la pobre vieja y él suspirando como una Magdalena. No sé cómo no le rompió los dientes de una bofetada.

ANTONIO. — ¡Qué horrible! Llegar a cierta edad y ser nada más que un estorbo en el camino de todos.

NORA. — ¡Pero qué estás diciendo! Mamá Cora no es un estorbo, ni nada que se le parezca. Es una viejecita fuerte y muy útil todavía para muchas cosas. ¿Vos creés que se pasa las horas, como dijo Susana, mirando televisión?

ELVIRA. — ¿Y qué tiene de malo la televisión? ¿Acaso no es cultura?

NORA. — Las veces que fui a casa de Jorge... ¿cuántas veces fuimos, tesoro? (*No han ido casi nunca.*) Infinidad de veces.

ANTONIO. — Tanto como eso...

NORA. — Por lo menos dos veces fuimos, ¿no? Bueno. Esas veces la hemos visto zurciendo, tejiendo, bordando, barriendo, cocinando... Creo que, en el fondo, Susana es una mal agradecida.

ANTONIO. — Vamos a llevarla a casa, Nora.

NORA. — ¡Claro! ¿Por supuesto! El próximo domingo la invitaremos a pasar el día. Ustedes también, ¿eh! Ya están invitados.

ANTONIO. — No me refiero a pasar un día. Sino... por un tiempo.

NORA. — ¡Eso sí que no! Me riego en rotundo a ser tan desalmada con ella. Mi corazón no me da como para separarla de su nietecita, a la que seguramente adora. ¿Pero cómo se te ocurre una solución tan abominable para ella? ¡Antonio! Sencillamente, no te reconoczo.

(*Entra Matilde.*) Esa crueldad no va con mi carácter.

MATILDE. — Mamá, hierve el agua. Hace unos globitos raros.

ELVIRA. — Voy (*Sale.*)

NORA. — Matilde, ¿vos la querés a la abuelita?

MATILDE. — ¡Claro!

NORA. — ¿Ven? Este tesoro tiene sentimientos y no dirá que no si le ponen una cama en el cuarto para la pobre y querida abuela.

MATILDE. — ¡Ah, sí, mirá qué bien!

NORA. — ¿No es cierto? Así la pobre se sentirá acompañada, con esa inyección juvenil que solo los jóvenes pueden dar.

MATILDE. — Yo no quiero dormir con viejas.

NORA. — ¿Pero no acabás de decir que la querás?

MATILDE. — ¿Y eso qué tiene que ver? (*Nora ríe.*)

NORA. — ¡Ay, criatura! ¿Cómo podés ser tan egoísta!

MATILDE. — La abuela está muy bien donde está.

ANTONIO. — No, no está bien. Ya oíste a Susana. La pobre está muy vieja y quién sabe cuánto tiempo le queda de vida. (*Nora mira a Antonio como para fulminarlo.*)

MATILDE. — ¿Y si se me muere en mi cuarto? ¿Quiéren matarme de un susto?

NORA. — Mirá que resultaste ser diplomático.

SERGIO. — Luego me explicarás cómo hiciste para hacer tanta fortuna. (*Ríen todos.*)

ELVIRA. — (*Reapareciendo.*) Matilde, ¿querés poner la mesa? ¿De qué se ríen?

NORA. — De mi marido. Acabamos de descubrir que es el tacto y la discreción en persona.

MATILDE. — Quieren meterme a la abuela en mi cuarto.

ELVIRA. — ¿Con qué? ¿Con fórceps¹³? Porque si cuentan con mi buena voluntad, están arreglados. No se hable más del asunto. Que se aguanten entre ellos, que también yo tengo mis problemas...

NORA. — ¿Quién no los tiene? (*Matilde saca un mantel del aparador y tiende la mesa.*)

ELVIRA. — ...y no corro a la casa de mis hermanas a pedir que me los solucionen. Vamos, a no hablar más del asunto, que los raviolos están hirviendo y quiero pasar un domingo pacífico.

NORA. — ¡Eso! Un domingo familiar, sereno, como los que ustedes logran en esta casa. No te imaginas, Elvira, cuánto me gusta venir a comer a esta casa.

ELVIRA. — Lo sé, lo sé.

NORA. — ¡El clima que se respira aquí!

ELVIRA. — Mejor se respira en el jardín de tu chalet. Vas a comparar Acassuso con Colegiales¹⁴.

NORA. — No me refiero al aire, sino al clima de hogar. Ese clima que solo se respira en una casa con hijos.

ELVIRA. — Con invitar a Matilde... Ella sola te puede oxigenar todo el jardín. (*Golpeando las manos.*) El que tenga necesidad de lavarse las manos o de hacer algo pa-recido, que lo haga. (*A Sergio.*) Vos, andá a ponerte decente, ¿querés?

SERGIO. — Yo me siento decentísimo así como estoy.

¹³ Instrumento en forma de tenaza, que se usa para la extracción de las criaturas en los partos difíciles.

¹⁴ Acassuso es una localidad del partido de San Isidro, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Colegiales es un barrio del norte de la ciudad de Buenos Aires.

ELVIRA. — No comparto esa exótica idea, así que me hacés el favor y te vas a cambiar, ¡eh! (*Venido a la cocina.*) Y rompé esas revistas de porquerías si no querés que la nena se entere de otras cosas.

SERGIO. — (*A Nora.*) ¿Qué opinás vos? ¿Me cambio?

NORA. — ¡Ay, sí! Me deprimen tanto los hombres en pijama. (*Sergio alza la mirada al techo y se va al dormitorio.*)

MATILDE. — Falta un cuchillo.

ELVIRA. — (*Desde la cocina.*) Vení a buscarlo. (*Matilde sale.*)

ANTONIO. — ¿Por qué no lo dejaste comer en pijama?

NORA. — Bastante me deprime la idea de comer raviolos amasados por esta, como para soportar encima...

ANTONIO. — Bajá la voz.

NORA. — Vos siempre con tus zalamerías. A vos tampoco te gustan los raviolos de esta, ni el tuco que hace, pero con tal de halagarla... (*Matilde vuelve con un cuchillo y una pañera con pan.*)

MATILDE. — Los raviolos salieron durísimos.

ELVIRA. — (*Entrando desalentada.*) Los raviolos salieron durísimos. Y están pegados como con poxipol. El agua debe ser la culpable. Era poca y era con gas. Esta estúpida fue incapaz de pedir sin gas.

MATILDE. — ¡Y yo qué sabía!

ELVIRA. — Nunca sabés nada. ¿Pero cómo no se te ocurrió pedir agua natural? Pero eso, que ya es horrible, no es todo. También se me quemó el tuco.

MATILDE. — ¿También el tuco? ¿Ni siquiera salvaste el tuco?

ELVIRA. — Por culpa de tu tía que vino a llenarme la cabeza con los cuentos de mamá Cora.

MATILDE. — (*Indignada, como si fuera la patrona.*) ¡Putal! ¿Cómo es posible! Si fuiste más de veinte veces a la cocina mientras estuvieron ellos.

ELVIRA. — Oíme... vos a mí no me pagás un sueldo. ¿Sabés cuánta carne se me echó a perder? ¡Un kilo y medio de peceto relleno! ¿Y encima tengo que soportar tus gritos?

SERGIO. — (*Desde el dormitorio.*) Elvira, ¿qué se quema?

ELVIRA. — (*A gritos.*) La casa. (*Muy preocupada.*) ¿Qué les doy de comer, ahora?

NORA. — Por nosotros no te preocupes. Vos sabés que yo solo pelizco de aquí y de allí.

ELVIRA. — ¿Pero de dónde vas a pelizcar si se me quemó casualmente el aquí y el allí?

NORA. — Abrí una lata de cualquier cosa.

ELVIRA. — No tengo latas con cualquier cosa. Matilde...

MATILDE. — Yo no voy...

ELVIRA. — Matilde, andá a comprar medio kilo de...

MATILDE. — ¡Qué! ¡No! Y eso es definitivo y final. (*Se va al dormitorio. Elvira la persigue.*)

ELVIRA. — (*A gritos, persiguiéndola.*) Que vayas a comprar fiambre surtido, algo así como mortadela, matambre y pastón... (*Reaparece Matilde por la puerta del dormitorio de los padres y se dirige a la cocina. Elvira la persigue.*) ¡Matilde!

NORA. — Y ahora va a empezar a largar una indirecta tras otra para que vayas a comprar un pollo asado o algo así.

ANTONIO. — No seas malpensada.

NORA. — Como si no conociera a tu familia.

ANTONIO. — ¡Mi familia! ¿Querés que hablemos un poquito de la tuya?

NORA. — Callate, que nos pueden oír. (*Enciende un cigarrillo. Antonio se sienta a leer el periódico mientras se oyen los gritos de Elvira y Matilde. Reaparece Elvira.*)

ELVIRA. — ¿Para qué quería yo ser madre? No me sirve pa-

ra nada. Solo para dolor de cabeza y para gastar plata.

¡Me pone tan nerviosa!

NORA. — ¿Por qué no contratás a alguien para que te ayude?

ELVIRA. — No, gracias. Somos dos mujeres y no estamos parálíticas. Además, no siempre es así. A veces me ayuda; pero los domingos, ni bajo tortura. ¿Qué hacemos?

NORA. — No te preocupes y disfrutá de esta paz.

ELVIRA. — Tendremos que comprar algo. (*Nora mira a Antonio significativamente.*) ¿Pero dónde? Habrá que ir al centro. Porque por este barrio está todo muerto.

NORA. — No te desesperes. Comeremos la carne tal como está. A nosotros nos encanta la carne carbonizada.

ELVIRA. — ¿Estás loca? ¿Qué podemos hacer? Antonio, ¿no llevarías a Sergio al centro?

NORA. — ¿Pero para qué te vas a meter en gastos? (*Elvira no puede controlar más sus nervios y estalla.*)

ELVIRA. — ¡No me pongas más nerviosa de lo que estoy! ¡Caramba! (*Se arrepiente y se acerca a Nora.*) ¡Ay, perdóname!

NORA. — Bueno.

ELVIRA. — Tengo un carácter...

NORA. — Sí, dulce, tenés un carácter muy feo.

ELVIRA. — (*Tomándole la barbilla con la mano izquierda.*) ¿Olvidado? (*Aparece Sergio.*)

SERGIO. — ¿Cómo estoy?

ELVIRA. — Como para salir con Antonio enseguida a comprar algo en alguna parte.

SERGIO. — ¿Qué te pasó? Se te quemó.

ELVIRA. — Sí. ¿Y qué? ¿Pasa algo?

SERGIO. — Si a vos no te da vergüenza, a mí tampoco. Imaginate. Pero por una vez que Nora y Antonio vienen a comer...

ELVIRA. — ¡Por una vez! Vienen un domingo sí y el otro también.

SERGIO. — (*Continuando, sin oírlo.*) ... pudiste haber puesto un poco más de cuidado en la cocina.

ELVIRA. — Che, che, che, no te remontés, que no sos barrilete. Andá a comprar algo si querés comer; y si no, no vayas.

SERGIO. — También puedo comer en un restaurante.

ELVIRA. — Magnífica idea. Andá a comer adonde quieras y a mí dejame en paz.

NORA. — ¡Elvira, por Dios! ¡Un domingo tan lindo! No lo echemos a perder.

SERGIO. — Vamos, Nora, vamos a comer al restaurante de la esquina.

NORA. — ¡Sergio! Estoy segura de que la misma porquería que nos pueden servir allí, la podremos comer aquí sin ir tan lejos. Quiero decir... no quise decir eso. Estás actuando como una criatura.

SERGIO. — ¡Por una vez que recibimos gente! (*Señalando a su hermano y a Nora.*) Ellos nos atienden como a reyes cuando vamos a comer.

ELVIRA. — Ellos tienen sirvientes y Nora no se moja las manos.

SERGIO. — Ni siquiera compraste aceitunas, sardinas, papitas o algo por el estilo para ir haciendo boca¹⁵...

ELVIRA. — No me levantés la voz si no querés que vaya a pedir socorro al convento de la esquina.

SERGIO. — Si en esta casa hay una víctima, esa no sos precisamente vos.

NORA. — (*Que fue por sus cosas al cuarto de Elvira.*) Ah, yo me

voy. *Thank you very much*¹⁶, pero un domingo así, yo no paso. (*Se pone la estola.*) Es cosa de hábito. En casa de mis padres jamás se alzó la voz ni para decir buenos días. (*Se dirige a la puerta.*) Son muy adorables, muy queribles, pero...

ANTONIO. — ¡Nora, no seas criatura!

NORA. — No soy una criatura. Detesto la violencia; eso es todo. Desgraciadamente no soy sensible; soy hipersensible y esto me aniquila. Mis nervios no son de acero. Yo me desintegro. (*Abre la puerta y aparecen brusca-mente Susana y Jorge.*)

SUSANA. — ¿Está aquí?

SERGIO. — ¿Buscás a alguien?

SUSANA. — A mamá Cora. ¿Está aquí?

SERGIO. — No. ¿Dijo que venía?

SUSANA. — Se fue. La puerta estaba abierta y ella no estaba.

ELVIRA. — ¿Se fue de tu casa? (*Intercambio de miradas entre Elvira y Nora.*)

SUSANA. — ¿Dónde estará?

ELVIRA. — ¿Ahora te preocupás? (*Elvira se va para adentro.*)

SUSANA. — Yo sabía que esa serpiente iba a pensar lo peor. (*Gritando.*) Nadie la echó.

NORA. — ¡Pobre señora!

ANTONIO. — Habrá ido a casa de Emilia.

SERGIO. — No te quedés ahí. Tomá el coche y andá a ver si está allí.

SUSANA. — ¿No nos llevarías de paso a casa? La nena que-dó sola.

ANTONIO. — Claro. Vamos. (*Los hombres y Susana salen. Nora se vuelve hacia la puerta de la cocina, de donde sale Elvira.*)

¹⁵ Tomando un aperitivo.

¹⁶ "Muchas gracias", en inglés.

NORA. — ¿Qué me decís? ¿No te espanta?

EIVRA. — A mí ya no me asombra nada.

NORA. — ¡Pero es atrozo! (*Se oye música muy fuerte.*)

EIVRA. — ¡Matilde! ¡Música en un momento como este, no! Se me parte la cabeza.

Apagón.

Cuadro 2

Una hora más tarde. Nora, sentada en un sillón, presta atención al llamado telefónico que intenta hacer Eivra.

EIVRA. — ¡Hola! ¡Hola! ¡Maldito aparato! Se volvió a cortar.

NORA. — Dejá, no insistas más. Ya regresarán.

EIVRA. — (*Marcando nuevamente.*) Nó me va a vencer a mí un aparato de mierda. ¡Con lo que nos cuestal! Llaman. Hol... Levantan el tubo y se corta. ¡Maldito aparato!

NORA. — Eivra, calmate; me estás poniendo nerviosa. Te lo suplico.

EIVRA. — Esta es la última... Ah, disculpe que lo moleste a hora tan intempestiva, ¿pero sería tan amable de llamar a la señora Emilia, de al lado? ¿Cómo? No le oigo.

Es muy urgente. (*Pausa.*)

NORA. — ¡Hora intempestiva! (*Sacude su relojito.*) ¿Qué hora es?

EIVRA. — Mala suerte. Es usted lo que se conoce, en el gran mundo, como un auténtico caballero. (*Cuelga.*) Ojalá se te atragante la comida y te tengan que llevar a algún hospital, medio ahogado.

NORA. — ¿Qué te dijo?

EIVRA. — ¡Que no!

NORA. — Mamá Cora estará seguramente con Emilia, y los hombres habrán ido a comprar algo a una rotisería. (*Entra Matilde.*)

MATILDE. — Mamá, mi estómago está desesperado.

EIVRA. — ¡Odete.

MATILDE. — ¿A qué hora vamos a comer hoy?

EIVRA. — En esta casa come solamente el que trabaja, mi hijita.

NORA. — (*Con falsa ternura.*) ¡Cielos! ¿Por qué no abris el paquetito de masas que traje? (*Matilde sale y regresa con la bandejita.*)

MATILDE. — ¿Querés, tía?

NORA. — Bueno. Aunque soy tan poco amiga de los dulces. (*Comen las tres, ensimismadas, un largo rato.*)

EIVRA. — ¡Ay, Dios!

NORA. — (*Comiendo.*) ¡Con razón las pagamos al precio que las pagamos! Son deliciosas. Comé, Eivra.

EIVRA. — (*Con la boca llena.*) Como, como. (*Las tres comen en silencio. Timbre de calle. Eivra se atora y se atropella, pues no le hace mucha gracia que la pillen comiendo tranquilamente mientras no se sepa algo de la anciana.*)

MATILDE. — ¿Qué te pasa?

EIVRA. — ¡Rápido! Llevate la bandejita a la cocina. Si nos ven comiendo antes de saber qué ha pasado con la vieja, van a decir que no tenemos corazón. (*Matilde lleva la bandejita a la cocina; Eivra abre la puerta tosiendo. Son Susana y Jorge.*)

SUSANA. — ¿Y?

EIVRA. — ¡Y hurral! Todavía no volvieron. Esperamos, por tu bien, Susana, que no le haya pasado nada.

SUSANA. — ¿Qué querés decir con eso?

ELVIRA. — Que si le pasó algo habrá sido por tu culpa y, en ese caso, no quisiera estar en tu pellejo para no cargar con tu conciencia. Eso quise decir.

NORA. — ¡Elvira!

SUSANA. — (*Abalanzándose sobre Elvira.*) Eso sí que no te lo voy a permitir. (*Jorge la sujeta por la cintura.*)

JORGE. — ¡Quieta!

SUSANA. — ¿Pero no la oíste? (*A Elvira.*) Si mamá Cora hubiese vivido con vos en lugar de hacerlo con nosotros, la hubiéramos enterrado hace años.

NORA. — Por favor, muchachas, sean buenas. Vamos a no hablar más de mamá Cora hasta que regresen los hombres y sepamos qué ha pasado con ella.

ELVIRA. — ¿Pero vos te creés que me voy a callar después de la monstruosidad que me dijo?

NORA. — Las dos dieron monstruosidades, Elvira. Hablemos de otra cosa. (*A Susana, muy mundana, "intentando" aplacar los ánimos.*) ¿Con quién dejaste a la nena, Susana?

SUSANA. — (*Con muchos deseos de herir a Elvira donde más le pueda doler.*) Desde el primer día que te vi, Elvira, cuando Jorge me trajo a comer a esta casa, me dije...

JORGE. — ¡Pero será posible! ¡No te podés callar! ¡Basta!

SUSANA. — Yo no empecé.

ELVIRA. — Seguro, santa. Vos nunca empezás nada. Pero eso es solo por falta de tiempo. Las que mueven la lengua más que cualquier otro músculo del cuerpo humano, nunca tienen tiempo para empezar a hacer nada. Sobre todo, títi. ¿Y qué fue lo que te dijiste la primera vez que viniste a comer a esta casa?

SUSANA. — ¿De verdad querés saberlo?

ELVIRA. — ¿No ves que me estoy muriendo de curiosidad? Quiero saber lo que te dijiste la primera, la segunda, la tercera, la décima...

SUSANA. — No necesité venir tantas veces para ver lo que eras.

ELVIRA. — ¿Pero qué te dijiste? Hablá de una vez.

SUSANA. — Me dije: "Esta mujer debe ser lo más falluto¹⁷ que Dios ha echado sobre la Tierra".

ELVIRA. — ¡Falluta, yo!

NORA. — (*Alzando la voz con aire mucho más mundano que antes.*) ¿Con quién dejaron a la nena, Susana?

ELVIRA. — Si yo soy falsa, a vos, tesoro, no sé como catalogarte. Porque seré nerviosa y quizás levemente autoritaria, ¡pero falluta...! Esa sí que es una novedad. Falluta sos vos, que te cosiste la lengua. Yo a vos te lo hubiera dicho. Y en aquel momento yo no me cosí la mía y le dije a Jorge: "¿Con esto te vas a casar? Este volcán te pone los cuernos¹⁸ el primer mes de casados". (*A Jorge.*) ¿Te lo dije o no te lo dije?

JORGE. — (*Sentándose, desesperado.*) ¿Quién habrá inventado a las mujeres? ¡Dios mío! ¿Para qué tendrán lengua?

NORA. — Matilde, traé una de esas riquísimas masas que te llevaste a la cocina y convidá a tus queridos tíos. (*Matilde va a la cocina.*)

JORGE. — Insulto va, insulto viene... ¿Qué tienen en la cabeza?

ELVIRA. — ¿Y vos qué comiste? ¿Lengua?

MATILDE. — (*Volviendo con la bandeja.*) Por lo menos comieron lengua. Nosotras estamos muertas de hambre. ¿Querés, tía?

SUSANA. — (*Para subrayar el rechazo le da un golpe a la bandeja, arrojando al suelo los dulces.*) ¡No!

¹⁷ Persona traidora, desleal, hipócrita.

¹⁸ Te es infiel.

EIVRA. — ¡Ahí está! Mancharme la alfombra, ahora. (*A Matilde.*) Recogé esas porquerías antes de que la grasa se instalase definitivamente ahí. (*Matilde recoge las masas.*) Y cayeron justo boca abajo. ¡Con lo que odio yo la crema!

NORA. — De haberlo sabido...

EIVRA. — No quise decir eso. Es que... engordan, manchan y dan dolor de barriga.

SUSANA. — (*A Eivra.*) ¿Se puede saber por qué le dijiste eso?

EIVRA. — ¿A quién?

SUSANA. — A este. ¿Por qué le dijiste que le iba a poner los cuernos el primer mes de casados?

NORA. — (*Nuevamente muy mundana. Pero con ganas de estimular la situación.*) ¡Susana, son cosas que pasaron hace cuatro años! ¿Quién se acuerda de eso?

SUSANA. — Ella se acuerda. Y creo que me asiste algún derecho a saber por qué lo dijo.

EIVRA. — ¿Lo quieres saber? Te lo voy a decir. No tengo ningún problema. (*Se incorpora pesadamente.*) En primer lugar, lo dije porque tengo lengua; en segundo lugar, porque somos libres, soberanos e independientes, y en tercer lugar... porque quise.

SUSANA. — Si yo me aprovechara de las tres estupideces que nombraste y dijera una cosita que yo me sé, te aseguro que perderías las ganas de hablar gratuitamente de la gente.

EIVRA. — ¿Pero qué es lo que sabes de mí? Hablá. Pero antes te aconsejo que te laves la boca con cepillo, jabón y lavandina, porque no tengo nada que reprocharme en los diez años que llevo casada.

SUSANA. — ¿Estás segura?

EIVRA. — ¿Crees que vas a poder manchar mi nombre del mismo modo que manchaste la alfombra? ¡Habla!

¡Decí! No te quedas ahí como una monja griega, sembrando la duda en Matilde y Nora. ¿Qué tenés que decir?

SUSANA. — (*Dominándose ostensiblemente¹⁹, para sembrar más dudas.*) ¡Nmada.

EIVRA. — No digas "nmada" como si escondieras algo horrible. Si sabés algo, escúpilo.

JORGE. — ¿Quieren terminar de una vez? ¡Cotorra!

EIVRA. — (*Al borde del llanto.*) Cotorra será tu madrina.

NORA. — Susana, te lo pregunto por tercera vez. ¿Quién se quedó con la nena? (*Susana calla.*)

JORGE. — Mis suegros.

NORA. — ¡Ah, que adorables! ¿Cómo están tus maravillosos padres, Susana?

JORGE. — (*Al ver que Susana no contesta.*) Están bien.

NORA. — Hace siglos que no los veo. ¡Con lo que yo los quiero! Estarán felices con la nieta.

JORGE. — Les fastidia, porque la nena llora. Lloro todo el tiempo. (*Él solloza al recordar cómo es la nena.*) No sabemos por qué llora tanto. No para.

NORA. — Será para ensanchar los pulmones. La naturaleza sabe lo que hace. ¡Es tan sabia!

JORGE. — Será. Pero yo me estoy volviendo loco. No duermo hace ocho meses. Me acuerdo sabiendo que va a llorar y ya no consigo dormir.

EIVRA. — (*A Matilde.*) ¿Quieres traerme un poco de sal de fruta²⁰?

MATILDE. — Sí, mamá. (*Va a la cocina.*)

EIVRA. — Dejá. Voy yo. (*Va detrás de Matilde.*)

¹⁹ De modo manifesto.

²⁰ Polvo efervescente que se toma disuelto en agua, para favorecer la digestión.

JORGE. — (A Susana.) ¡Qué mal estuviste!

NORA. — ¡De veras, Susana! ¡Cómo pudiste inventar una cosa así!

SUSANA. — No inventé nada.

NORA. — ¡No puede ser! ¡Elviral! ¿Con quién?

JORGE. — ¡Susana! ¡Basta!

SUSANA. — Yo me sé con quién.

JORGE. — ¿Cómo querés que te diga que te calles?

NORA. — Susana, ¡es muy delicado lo que estás diciendo!

SUSANA. — ¿Y ella? ¿Ella puede decir que yo le voy a poner los cuernos a este?

NORA. — Es de una naturaleza tan peculiar. ¡Es tan nerviosa!

SUSANA. — También yo soy nerviosa. ¡Qué gracia! En nombre de sus dichosos nervios, insulta a medio mundo.

NORA. — ¡Dios mío! ¿Estás segura? No puedo creerlo.

SUSANA. — ¡Pero mejor! No lo creas.

NORA. — ¿Y Sergio sabe que...?

JORGE. — No le hagas caso, Nora. ¿No te das cuenta de que son inventos de esta, solo para amargarla?

NORA. — Susana es honrada. Es incapaz de inventar una cosa así, para hacerle daño a una inocente. ¿Verdad, dulce? Si ella habla es porque sabe que tiene fundamentos para hacerlo. Conozco pocas personas tan honestas y con ese sentido de la justicia. Yo te admiro, querida. Te juro que te admiro. Contá.

SUSANA. — No quiero hablar. Me arrepiento de haber hablado.

JORGE. — Te hubieras arrepentido antes. Hablar delante de Matilde... No tenés perdón de Dios.

SUSANA. — No me di cuenta de que estaba. (Callan porque aparecen dramáticamente Elvira y Matilde. Esta, con un vaso de agua y una caja de aspirinas. Elvira, con una palan-

gana con agua y una toallita en la frente. Ambas se dirigen al dormitorio principal con aire gráce.)

NORA. — ¿Sergio sabe que...?

JORGE. — ¡Que no le hagas caso, Nora! ¿No te das cuenta de que está inventando cosas?

NORA. — ¡Ay, me quedé temblando! (Le muestra la mano.) Mirá cómo me tiembla. ¡Qué valor! Hay que tener coraje para engañar al marido. Si yo llegara a hacerlo algún día, me parece que no podría volver a mirar a Antonio a la cara. (Susana la mira entre irónica y abismada²¹.) ¡Pobre Sergio...! ¿Fue hace mucho?

SUSANA. — No.

JORGE. — ¡Pero callate!

SUSANA. — Solo dije "no".

NORA. — ¡Pero Jorge! Yo no voy a contar nada. Imaginate. Vos me conocés. Lo que me cuenta Susana, morirá conmigo. (Reaparece Matilde.) ¡Pobre Elviral! Ha sido un día duro para ella.

SUSANA. — Ha sido un día duro para todos.

NORA. — Sí, pero... la pobre se puso nerviosa esta mañana cuando se dio cuenta de que le habían cortado el agua; puso a hervir los raviolos en agua mineral y se le endurecieron como piedras; se le quemó la carne del tuco, desapareció mamá Cora, ahora se pelea con vos... Son demasiadas cosas. (Vienen de la calle Sergio y Antonio.)

JORGE. — ¿Y? (Los hermanos están sudaridos.) ¡Hablen! ¿Está con Emilia?

SERGIO. — (Sin resuello.) No. Emilia no sabe nada. Venimos de hacer la denuncia.

²¹ Enristisnada, reconcentrada.

ANTONIO. — Debiste de haberla hecho vos, Jorge. ¡Pasamos una vergüenza!

JORGE. — ¿Por qué?

ANTONIO. — Porque no nos acordamos del nombre completo. Es Ana María de los Dolores Arias Navajo, ¿no?

JORGE. — ¡Claro!

SERGIO. — No tan claro. El oficial nos miró con cara rara.

“¿Por qué dijo primero mamá Cora?”, nos preguntó. No supe qué contestar.

ANTONIO. — Hace años que te lo quería preguntar, Jorge.

¿Por qué la llamamos todos mamá Cora?

JORGE. — La llaman así desde chiquita. ¡Yo qué sé! Cuando nacimos, ya se llamaba así.

ANTONIO. — Ni siquiera recordamos los años que tiene.

¿Cuántos dijiste que cumplió?

JORGE. — Setenta y ocho.

ANTONIO. — Yo dije ochenta.

SERGIO. — Más o menos. ¿Qué diferencia hay?

ANTONIO. — El oficial puso “tirando a vejea”. ¡Qué vergüenza!

MATILDE. — ¿Trajeron algo para comer?

NORA. — ¡Nena! Preguntá primero por tu abuela. (A Antonio.) ¿Fueron a lo de tío Felipe?

SERGIO. — No. ¿Cómo no se nos ocurrió?

SUSANA. — Matilde, traé la guía, ¿querés? (Matilde sale. Antonio mira a Susana.)

ANTONIO. — ¿Salíó con dinero?

SUSANA. — ¡Claro que no! ¿De dónde iba a sacar dinero? (Matilde regresa con la guía. Sergio se la saca de las manos.)

SERGIO. — Darne. (Busca en la guía.)

ANTONIO. — ¿Elvira?

NORA. — Se acostó un rato. No se siente bien.

ANTONIO. — ¿Por qué?

NORA. — (Mirándolo significativamente.) Por nada, querido. (Sergio marca los números del teléfono de tío Felipe.)

SERGIO. — ¿Tía? Soy Sergio. Sergio. Su sobrino. ¿Cómo que qué sobrino? El hijo de mamá Cora. Haga memoria,

tía. Sergio. El casado con Elvira. El hermano de Antonio, que a su vez está casado con Nora y... (Mira el teléfono.) Cortó. (Pesado silencio entre todos.)

NORA. — ¿Emilia?

ANTONIO. — ¿Emilia qué?

NORA. — ¿Cómo está?

ANTONIO. — Igual que siempre. Mal. Luis se quedó sin trabajo.

NORA. — ¿Quién es Luis?

ANTONIO. — El hijo.

NORA. — Ah, se llamaba Luis. Nunca lo supe.

ANTONIO. — Hace un mes lo echaron del empleo por haber dado parte de enfermo. Le mandaron el médico.

NORA. — Y no lo encontró.

SERGIO. — Sí, lo encontró, pero en el bar, jugando póquer. Y la pobre Emilia lloró como una loca toda la noche.

JORGE. — ¡Pobre Emilia! (Llora.)

ANTONIO. — ¿Qué te pasa?

JORGE. — Pienso en la nena.

NORA. — Matilde... dulce... ¿por qué no vas a ver cómo está tu madre?

MATILDE. — (Yendo.) ¿Y cómo va a estar?

SERGIO. — ¿Le pasó algo a Elvira?

NORA. — Nada grave. ¿Por qué no vas a verla? (Sergio va para adentro.)

SERGIO. — (Yendo.) Elvira...

NORA. — (A Jorge.) También vos deberías ir a ver cómo está.

JORGE. — ¿Para qué?

NORA. — Bueno, al fin y al cabo la discusión fue con Susana y... no estaría de más que te disculparas.

SUSANA. — Ya soy mayorcita; no necesito que nadie dé la cara por mí.

NORA. — Bueno; no te disculpes. Pero ya tuvimos un domingo bastante agitado. Si con una palabra sensata pudieras calmar los ánimos, ¿no lo harías?

JORGE. — *(Venido al dormitorio.)* Elvira...

ANTONIO. — ¿Qué pasó?

NORA. — Si quieres enterarte, andá con ellos, querido. Vos sabés cómo te aprecia Elvira y el caso que te hace.

ANTONIO. — *(La mira asombrado y por fin se incorpora.)* Elvira... *(Susana mira a Nora como admirando su pensamiento.)*

NORA. — *(Después de un silencio, mientras se arregla los pliegues del vestido, y sin mirar a Susana.)* Me dejaste helada con la historia de Elvira.

SUSANA. — Estoy demasiado angustiada como para hablar de eso. ¡Qué horrible, Nora! ¡Qué culpable me siento!

NORA. — ¡Querida, por Dios! Todos somos culpables y todos somos inocentes. No te tortures antes de tiempo. Los viejos son como niños y hacen diabluras como ellos.

SUSANA. — Me tiene... de quince meses, pero jamás la hubiese echado a la calle, imagínate.

NORA. — Lo sé. Lo sé.

SUSANA. — Bastante paciencia tuve con ella durante cuatro interminables años.

NORA. — Ya lo creo. Y esa es otra de tus virtudes: la paciencia. *(Silencio.)* Te dije que me dejaste helada con la historia de Elvira. ¿Me oíste?

SUSANA. — Nora, no pienso decirte nada. Así que no pierdas el tiempo tratando de sonsacarme nada. Soy cualquier cosa, menos chismosa.

NORA. — ¡Pero Susana!

SUSANA. — ¡Pero si te veía venir! Enviaste a todo el mundo adentro para hablar del asunto con comodidad. Pero te equivocaste conmigo. Yo no hablo.

NORA. — ¿Quieres que te diga una cosa? Hacés mal. ¡Guardar un secreto tan terrible para vos sola! Es algo heroico y te juro que me hace admirarte. Pero es un esfuerzo estéril, tesoro. Sacá todo lo que tenés adentro. Tenés un tumor... pues, lo aconsejable es extirparlo. ¿Para qué conservar esa angustia?

SUSANA. — Ese secreto no me angustia nada. Y si me angustia, como soy católica, se lo confiaría a mi confesor. ¿Pero qué me importa a mí lo que pueda hacer o haber hecho esa mujer?

NORA. — Tampoco a mí, podés estar segura. ¿Es una historia antigua?

SUSANA. — Es una historia. Punto.

NORA. — Está bien. Si no querés hablar, no hables. Tan amigos como siempre. Pero me ofende un poco tu actitud. ¿Creés que yo pueda hacer circular el chisme?

SUSANA. — ¿Por qué no? No sos parálitica. Sobre todo de lengua.

NORA. — *(Muy ofendida.)* ¡Buena! Aunque un poco tarde, por fin nos hemos quitado la careta. Ahora sé lo que pensás de mí.

SUSANA. — Pienso que sos, en el fondo, una buena mujer. Sos mala simplemente porque tenés mucha plata y no tenés nada que hacer. Y como no tenés nada que hacer, movés la lengua todo el día con cualquier persona, solo para llenar las horas.

NORA. — ¡Buena! Gracias por haberme dicho, con tanta franqueza, lo que pensás de mí. Pero de hoy en adelante, te dispenso de la obligación que tuviste hasta ahora de saludarme.

SUSANA. — No te enojés conmigo, Nora. Por lo menos no te enojés por culpa de la verdad.

NORA. — ¿Cuándo fui con chismes, Susana?

SUSANA. — Siempre. Si no sabés hacer otra cosa. ¿Para qué querés saber con quién se acostó Elvira?

NORA. — ¡Qué gracial! Para saber qué clase de mujer es!

SUSANA. — ¡Vamos, Nora! Las mujeres no cambiamos por ser más o menos fieles al marido. Ya ves, vos tenés amores con Sergio y para mí seguís siendo la misma.

(*Nora la mira espantada. Se oye un trueno.*)

NORA. — ¡Cómo te permitís! (*Se incorpora.*) ¿Cómo te permitís? (*Recula, vuelve, viene y va.*) Esa es una infamia que no te voy a perdonar mientras viva.

SUSANA. — ¿Infamia?

NORA. — ¡Infamia, sí!

SUSANA. — Nora, ¿de veras creés que la gente no lo sabe? Elvira es la única ignorante. Como se ocupa tanto de la vida del prójimo, descuida la suya.

NORA. — ¡Infamia, sí! ¡Es una infamia! Y no te la perdona ré. ¡Qué horror!

SUSANA. — ¿Por qué lo hacés, si te parece un horror?

NORA. — No quiero volver a hablar con vos mientras viva.

SUSANA. — ¡Por mí!

NORA. — ¿Pero quién te dijo eso?

SUSANA. — Nadie. Tengo ojos y sobre todo, tengo oídos.

NORA. — Pero yo te juro que...

SUSANA. — No jures. No hagás el ridículo. La cuestión es que sé positivamente que es verdad y se acabó.

NORA. — Susana, no sos infalible. No podés decir tan desaprensivamente... asegurar que... (*Bajando la voz.*) Sergio y yo... ¡Es horrible! No se juega con la reputación de dos personas tan frívolamente. La tranquilidad de dos familias está de por medio.

SUSANA. — Ya te dije que no hablo.

NORA. — Si llegaras a hacerlo, cometerías una injusticia espantosa. Yo te juro que... (*Cae al suelo porque se engancha el taco de un zapato en la rotura de la alfombra. Sorprendida, se echa a llorar.*) La culpa es mía por venir a esta casa. ¿Para qué tengo que venir yo a este cuchitril? Yo pertenezco a otra clase. Yo no debo agacharme hasta este punto, solo porque mi marido está unido por lazos de sangre. Alfombras rotas, falta de agua, mentiras y mentiras y más mentiras...

SUSANA. — ¡Mentiras! Te vi salir de una amoblada²² con Sergio.

NORA. — ¡Mentiras! Y no repitas eso si no querés que te demande, o que le pida a Antonio que te mande a los de la pesada²³.

SUSANA. — Con lentes negros, pañuelo en la cabeza... (*Susana intenta ayudarla a incorporarse. Nora se limpia.*)

NORA. — Soltame. (*Se sienta.*) No quiero que me toques.

SUSANA. — Hace un año que lo sé y jamás dije nada. (*Pausa breve.*) Tampoco te juzgo.

NORA. — ¡Pero cómo podés insistir! Viste hace un año a una mujer con lentes negros, pañuelo en la cabeza y una capa negra y...

SUSANA. — Yo no dije que vi a una mujer con capa negra.

NORA. — ¡Lo dijiste!

SUSANA. — Yo no me acordaba que llevabas capa negra. Ahora me acuerdo. Solo me acordaba de los lentes negros y del pañuelo en la cabeza.

NORA. — Susana, yo te juro que...

²² Hotel donde se alquilan habitaciones para citas amorosas.

²³ Grupo de personas que se impone violencia y agresivamente; matones.

SUSANA. — (Secamente.) No jures. (Suena el teléfono. Susana atiende.) ¡SÍ? ¡Hola! Diga. Soy la cuñada. Bueno, un momento. (Llama.) Sergio, teléfono. Del Departamento de Policía. (Viene corriendo Sergio, Antonio, Jorge y Matilde. Luego aparece Eivira con el pañuelo sobre la frente. Sergio toma el auricular.)

SERGIO. — ¡Hola! Sí, soy yo. ¿SÍ? (Pausa dramática.) ¿Dónde?

SUSANA. — ¿Qué pasó?

SERGIO. — ¡Mamita! ¡Pobrecita!

SUSANA. — ¿Qué pasó, Sergio?

SERGIO. — Sí, sí, por supuesto. (Cuelga. Guarda silencio. Todos esperan que diga algo.)

EIVIRA. — ¿Querés terminarla? ¿Hasta cuándo nos vas a mantener en vilto? Hablá de una vez.

SERGIO. — Una anciana se tiró al paso de un tren, cerca de Núñez²⁴. (Un poderoso trueno hace estremecer a todo el mundo.) Tenemos que ir al depósito²⁵ para hacer el reconocimiento.

JORGE. — No puede ser ella. No fue pará tanto. Además, ¿cómo iba a llegar tan lejos?

ANTONIO. — Sergio...

SERGIO. — Vamos. (Se dirigen a la puerta los hermanos y Susana.)

SUSANA. — ¡Que no sea ella, Dios mío! Que no sea ella. (Sale.)

EIVIRA. — (Cerrando la puerta de calle de un golpe y voltiéndose furiosa.) ¡Ojalá sea ella! ¡Ojalá sea ella! Solo para que la conciencia la recuerde como se merece.

Fin del primer acto.

Segundo acto

Cuadro 1

El mismo decorado. Un segundo más tarde.

EIVIRA. — (En la misma actitud del acto anterior.) Ojalá sea ella, solo para que la conciencia la recuerde como se merece.

MATILDE. — ¡Mamá, cómo podés hablar de ese modo!

EIVIRA. — Solo Dios sabe cuánto la odio.

NORA. — Lo cierto es que no hace ningún esfuerzo por ganarse el cariño de nadie.

EIVIRA. — En cambio, cualquiera diría que goza haciéndose odiar. ¡Hablar mal de mí! ¿Te das cuenta? Yo, ¡que fui fiel hasta la idiotez! Porque si hay algo de lo que me pueda arrepentir, es de haber sido tan caída del catre²⁶ como lo fui toda la vida. ¿No te lo dije siempre? Las únicas mujeres felices son aquellas que les ponen cuernos así de grandes a los maridos.

NORA. — ¡Y decírtelo en la cara!

EIVIRA. — ¡Eso! Y decírmelo en la cara y delante de la niña, que parece una señorita, pero que al fin y al cabo solo tiene quince años.

MATILDE. — Deciséis.

EIVIRA. — ¡Quince! ¡No hay derecho! Una se mata durante todo el santo día para darle una educación esmerada,

²⁴ Barrio del norte de la ciudad de Buenos Aires.

²⁵ Morgue.

²⁶ Ingenua.

dentro de lo posible, ¿no? Y viene una desgraciada que en menos de lo que canta un gallo te tira el edificio abajo. ¡No hay derecho! Pero ¿con quién? ¿Con quién iba a engañar yo a Sergio? Decime. ¿Con quién? Te juro por la sagrada memoria de mi madre que nunca...
(*Junta los dedos índices en cruz y los besa.*) por esta cruz... que nunca engañé a Sergio ni con el pensamiento, mirá lo que te digo. Que me muera aquí mismo si te miento. Que se me caiga el techo encima. Que se abran los abismos del infierno ante mis pies, si...

MATILDE. — ¡Mamá!

EIVRA. — Solo lo digo para que tengan una pálida idea de hasta qué punto tengo la conciencia tranquila. En cambio, ella no puede decir lo mismo. No, señor. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es? ¿De dónde viene? De una familia de sirvientas. La madre fue limpiadora por horas y el padre, mozo de bar.

NORA. — Eso no tiene nada que ver, porque hay limpiadoras muy honradas y mozos muy...

EIVRA. — (*Dándole cuenta de la "gaffe" que ha cometido.*) ¡Por supuesto! (*Mordiéndose los labios.*) Sí. Si yo no quise decir... Hay mozos horradísimos. (*Rápidamente.*) Pero este no es el caso. Y me niego a seguir hablando, porque desgraciadamente se trata de una cuñada, y si hablamos mal de ella paga el pato toda la familia. Mejor será coserse la boca y no decir nada. Así viví toda la vida. Cerrando los ojos a lo que veía y los oídos a lo que oía. Y así seguiré viviendo hasta el último de mis días. Porque si no... Pero mirá... será mejor no seguir hablando.

NORA. — Lo que ha pasado con la pobre anciana no tiene nombre.

EIVRA. — ¡Eso! ¡Echar a la pobre vieja a la calle como a un perro rabioso! ¿Dónde se ha visto cosa parecida?

¿Qué somos? ¿Negros somos, como para ser tan salvajes? ¿O judíos, para ni siquiera tener creencias religiosas? ¡No! Esa mujer no tiene perdón de Dios. Qjalá sea la vieja la que se arrojó debajo del tren. Espero que sea ella, solo para que la conciencia la remunera como se merece.

NORA. — ¡Pobre dulce y querida mamá Coral! ¡Tan útil que era todavía! ¡Tan servicial!

EIVRA. — ¡Eso! ¡Tan útil y servicial! ¡Trabajaba como una burra todo el día, la pobrecita! ¡No! Si no tiene perdón de Dios. ¡No! Si los pecados no se pagan en la Tierra, se pagan en el Cielo. En algún lugar habrá que pagar, digo yo. El único consuelo que tengo, Nora, y gracias a Dios que me eduqué en una casa católica, apostólica y románica²⁷, es pensar que un día de estos, Dios me la va a agarrar por su cuenta y le va a hacer pagar una por una todas sus fechorías. Porque si hay algo que creo es en Dios y su justicia.

NORA. — Sí. La Iglesia es un gran consuelo.

MATILDE. — ¿Qué hora tenés, tía?

NORA. — (*Consultando con gran dificultad un pequeño reloj pulsera.*) Tiene tantos brillantitos que apenas si... Los dos y cuarto, creo.

MATILDE. — (*Después de una pausa.*) ¿La van a traer aquí? (*Elvira la mira como si no hubiera entendido.*) A la abuela.

NORA. — Tesoro, no nos adelantemos. Aún no se sabe si es ella.

MATILDE. — Pero por si "un si acaso" llegara a ser ella, ¿la traerán aquí?

EIVRA. — Supongo que lo menos que puede hacer Susana,

²⁷ Elvira altera la expresión correcta: "católica, apostólica y romana".

Ya que no supo respetarla mientras vivió, es rendirle algún homenaje después de muerta. Digo yo. No sé.

NORA. — Elvira... no hay que pedirle peras al olmo.

ELVIRA. — Pero un poco de piedad y misericordia a un ser humano se le puede pedir, ¿no? ¡Al fin y al cabo, qué somos, Nora! ¡Por Dios y los Santos Evangelios! ¿Qué somos? ¿Salvajes del África o del Amazonas? ¿Dónde quedaron las enseñanzas que recogimos de las Teresianas? ¿Perdieron el tiempo las monjitas? Solo contéstame a eso. ¿Perdieron el tiempo?

MATILDE. — Si la traen, ¿dónde la velamos? En mi cuarto, no, ¡eh! Que después no duermo.

ELVIRA. — Nadie la va a meter en tu cuarto, no seas tarada.

NORA. — ¡Pobrecita! Está impresionada con toda esta historia.

ELVIRA. — ¡Sí, pobre cielo! ¡Es tan sensible!

NORA. — ¡Yo tengo una *migraine*²⁸ que no veo!

ELVIRA. — *Moi aussi*²⁹. ¡Además, tengo una sed...! (*A Matilde*) Sé buena, tesoro, y traeme un vaso de agua bien helada.

NORA. — Y otro a mí, dulce, que voy a tomar una aspirina. Se me parte la cabeza.

ELVIRA. — ¿Tenés? (*Nora la mira*) No me refiero a la cabeza, sino a la aspirina. (*Nora ríe. Matilde sale*.)

NORA. — ¡Ah! Supongo que sí. Siempre tengo. (*Abre su cartera*) Vivo tan distraída en estos últimos tiempos, que no sería nada raro que... Pero sí, tengo. ¡Qué calor!

ELVIRA. — ¡Ay, sí! Pronosticaron treinta y nueve grados. Pero a mí me parece que hace más. Y justo hoy tenía que matarse la vieja.

NORA. — ¡Elvira! (*Ríe*) ¡Decís unas cosas terribles! (*Vuelve a reír*.)

MATILDE. — (*Volviendo con dos vasos y una botella de agua mineral*) Se descongeló la heladera. No hay cubitos.

ELVIRA. — ¿Por qué? ¿Quién la descongeló?

MATILDE. — No sé. Estamos sin luz.

ELVIRA. — ¿Pero existirá tragedia mayor? ¿Todo me tiene que pasar a mí? ¡Con este calor! (*Silencio. Suspira*) ¡Qué tragedia! Sin agua y sin luz. (*Nuevo silencio*.) Vas a ver cómo me la trae a casa. (*Nora toma una aspirina*.)

NORA. — ¿Quién?

ELVIRA. — Susana. Vas a ver cómo me trae el cadáver a casa.

NORA. — ¿Creés que se atreverá?

ELVIRA. — ¡Vamos! ¿No la conocés? Pero si no la conocés, tampoco me conocés a mí, porque soy capaz de agarrar a la vieja y arrojarla a la calle junto a ella. De mí no se van a reír. ¡No tenés idea, Nora, de lo mortificada que estoy! ¡Qué desgracia! Vivir toda la vida rodeada de brutos.

NORA. — ¡Ah, sí!

ELVIRA. — Yo provengo de una familia... no es por jactarme, Nora; vos sabés que seré cualquier cosa, menos vanidosa. Pero provengo de una casa que más que casa era un santuario. Vos no conociste a mis padres.

NORA. — No. Desgraciadamente no llegué a conocerlos. Pero me hablaron mucho de ellos. Sé que eran algo... *únique*³⁰.

ELVIRA. — ¡*Únique!* Es poco decir. Eran... únicos. (*Suspira*) Menos mal que lo que se marna de chica no se pierde. Dicen. Y lo puedo decir con orgullo. No hay dinero.

28 "Dolor de cabeza", en francés.

29 "Yo también", en francés.

30 "Único", en francés.

que pague lo que mis padres hicieron por mí. Si vivieran, los tendría en bandeja de plata. A mí no me estorbarían como la pobre mamá Cora a Susana.

MATILDE. — ¡Pero la abuela no es la madre de Susana, mamá! Es la suegra.

EIVRA. — ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso no es la madre del marido? Cómo se puede tener el coraje de decirle a la madre del hombre que comparte tu cama... del padre de tus hijos...

NORA. — ¡Un momentito! (*Elvira la mira.*) Del hombre que comparte tu vida.

EIVRA. — ¡Eso! Como se puede decirle: "Fuera, váyase de esta casa".

NORA. — Bueno, no creo que haya dicho eso, exactamente. EIVRA. — Hablás como si no la conocieras. Bueno, pero si no se lo dijo con palabras, se lo dijo con hechos, que para el caso es lo mismo. ¡Si la estoy viendo! ¡Pobre vieja! ¡Dios mío! Llegar a cierta edad y ser nada más que un estorbo en el camino de todos.

NORA. — ¡Sí, es un horror! Espero no vivir tantos años.

EIVRA. — Y si llegara a vivir tantos años y me convirtiera en un ser inútil y molesto, recuerda mis enseñanzas, hija mía.

MATILDE. — Mamá, no digas más estupideces.

EIVRA. — ¡Mirá el respeto que me tienen! (*Se saca un zapato con furia y Matilde se incorpora asustada.*) ¡Te daría dos sopapos! ¿De quién aprendiste a ser tan bruta? Agrádecé que está tu tía, que si no... ¡Salvajel! (*A Nora.*) Es inútil. Una madre puede tener paciencia de santa para criar a una docena de hijos. Pero un solo hijo no tiene ninguna paciencia para con los pobres padres.

NORA. — Y así es. ¿Qué se le va a hacer? (*Suena el timbre de calle.*)

EIVRA. — ¿Quién será ahora? (*A Matilde.*) ¿Querés abrir? (*Matilde abre, y entra una mujer de unos cincuenta y cinco años, delgada y vestida de negro. Es Emilia, la hermana pobre.*)

EMILIA. — ¿Y? ¿Apareció?

EIVRA. — (*Sin darle importancia ni a lo que dice ni a la recién llegada.*) Tus hermanos fueron a la morgue para reconocer el cadáver de una anciana que se arrojó bajo las ruedas de un tren en Núñez. (*Emilia se desploma pesadamente.*)

NORA. — ¡Elvira! ¿Cómo se lo decís así!

EIVRA. — ¡Ay, qué sensible había sido! (*A Matilde.*) Andá a buscar el frasco de *eau de cologne*³¹. (*Matilde va al dormitorio de la madre. Nora trata de reanimar a la mujer golpeándole las manos y la cara. Emilia vuelve en sí.*)

EMILIA. — ¿Qué pasó? (*Al ver a Elvira.*) ¡Ay, Dios mío!

NORA. — No se sabe con certeza todavía. No te angusties antes de tiempo.

EMILIA. — ¡Ay, pobre mamá, a lo que tuvo que llegar!

EIVRA. — Eso se lo tenés que agradecer a tu querida cuñadita.

EMILIA. — ¿Vos te considerás muy inocente? (*Resparece Matilde con un frasco de colonia.*) ¿Quién es inocente en esta casa? Una pobre vieja que quién sabe si le quedaban uno o dos años más de vida... ¿Quién puede arrojar la primera piedra en esta casa?

EIVRA. — (*Mirando la colonia.*) ¡La que compramos en la galería del Once! ¿No sabés que esta es francesa?

MATILDE. — Me pediste que trajera el *eau de cologne*.

EIVRA. — Te lo pedí en francés para reforzar tus conoci-

³¹ "Agua de colonia", en francés.

mientos del idioma. Llévate eso de aquí. (Matilde hace un gesto de fastidio y se retira con la colonia.)

EMILIA. — ¡Dios mío! ¡Qué vida roñosa, esta! (Llora angustiada durante unos segundos, ante las mujeres que ni se atreven a mirarla. Reaparece Matilde.)

ELVIRA. — Bueno, no te pongas así. A lo mejor no es ella. No es la única vieja con ganas de matarse en Buenos Aires. A lo mejor está vivita y coleando en compañía de alguna amiga.

NORA. — (En voz baja.) ¡Elvira! (Le hace un gesto como pidiéndole que se calle.)

EMILIA. — ¡Cuatro hijos! Y que entre los cuatro no hagan uno. El infierno nos merecemos, si existe un Juicio Final. No merecemos otra cosa más que el infierno. ¡Cuatro hijos! (Mirando a Nora.) Y alguno rico.

NORA. — Antonio siempre quiso ayudar.

EMILIA. — ¡Nora, tené un poco de vergüenza! Viven los dos solos en esa enorme casona, sin hijos, y ese delincuente no tenía sitio para una pobre madre vieja...

NORA. — Mirá lo que son las cosas. Precisamente hoy hablamos de eso. ¿Verdad, Elvira? Vos sabés cómo son mis padres de celosos, Emilia. ¿Cómo querías que llevara a mamá Cora conmigo, siendo ellos tan celosos como son?

EMILIA. — Ah, sí, mi hija, todos los pretextos son buenos.

Además, ¿ahora de qué sirve hablar?

NORA. — Esperemos que no sea tarde, y no llames "delincuente" a tu hermano. Es tan patitiota como el que más.

EMILIA. — Y si no fuera tarde, ¿qué? ¿Creés todavía en los milagros? ¿Creés que tu corazón va a empezar a latir esta tarde? (A Elvira.) O el tuyo. Yo no. Yo creo que las dos son un par de egoístas, incapaces de sentir amor y misericordia por nadie.

ELVIRA. — Che, che, che...

EMILIA. — ¿Qué? ¿Tenés el coraje de sentirte ofendida? No seas caradura.

ELVIRA. — Y vos, ¿por qué no te ocupaste de ella? Al fin y al cabo no era mi madre.

EMILIA. — ¿Dónde querías que la metiera? ¿Debajo de la cama?

ELVIRA. — Cada cual sabe dónde le aprieta el zapato y cuál es su vía crucis. A nosotros tampoco nos sobra la plata.

EMILIA. — ¿Quién te pide nada? No te sobra la plata, pero no te perdés un estremo de cine ni un banquete, cuando se trata de aparentar delante de los parientes.

ELVIRA. — ¡Al cine! ¿Hace cuánto que no voy, Matilde?

MATILDE. — (Pillada de sorpresa, contesta sin pensar.) Fuiste anoche.

ELVIRA. — (Entre asombrada y furiosa.) ¿Anoche? Sí. Fui anoche. ¿Pero hace cuánto que no iba? Siglos. Y al fin y al cabo, che, si voy al cine es con mi plata y no con dinero robado ni prestado.

EMILIA. — ¡Y mis hermanos! ¡Que me abandonen a mí, todavía! Pero a ella. Ella se sacrificó toda la vida por nosotros. (Mientras habla tironea nerviosamente del mantel que cubre la mesa. Sobre el mantel hay un centro de mesa lleno de uvas y otras frutas de cerámica y vidrio.) Ella se sacrificó toda la vida por nosotros. Trabajó como una burra para que no nos faltara un plato de comida o un par de zapatos. (Elvira mira inquieta por los crecientes nervios de la cuñada, que ante cada tironeo tironea más y más del mantel.) ¡Cobardes! ¡Maricones! ¡Calzonudos! ¡Delincuentes!

ELVIRA. — (Levantando el centro de mesa y recogiendo casi al mismo tiempo el mantel para guardarlo en un cajón.) Emi-

lia, te ruego que te calmes y que elijas con cuidado el vocabulario. Estás ante una nena.

EMILIA. — ¡Cuatro hijos! Y no digo nada de Nora, que no tiene hijos y por lo tanto no sabe. Pero vos, Elvira... vos tenés una hija. ¿No tenés miedo al día de mañana?

ELVIRA. — No te atrevas a meterle ideas raras en la cabeza. Estás hablando como una comunista judeo-masónica. Ella se ha criado en una casa cristiana, rodeada de amor y delicadeza. ¿Sabés? ¿A vos te gusta tener un hijo vago?

EMILIA. — Hablar con vos es como hablar con la pared.

ELVIRA. — Si no querés obtener respuestas, mi consejo es que mejor hables con la pared, que no tiene lengua. Pero yo, gracias a Dios, tengo y me defiendo porque tengo la conciencia tranquila. No tengo nada que reprocharme.

NORA. — (*Muy diplomática.*) Bueno, yo creo que sí... creo que todos tenemos algo que reprocharnos. La verdad es que no hacemos todo lo que deberíamos hacer por la gente. Yo te juro, Emilia, que... yo no sabía cuál era la verdadera situación de mamá Cora. De haberlo sabido, algo hubiéramos hecho Antonio y yo, para solucionarlo. ¡Imagínate! Antonio adoraba a mamá Cora. Y yo misma siempre la tuve en alta estima. Pero te juro que no sabía. No quiero defenderme con esto, porque la falta de preocupación no nos hace inocentes, pero... te ruego que no me creas peor de lo que soy.

ELVIRA. — ¡Eso! Nadie es peor de lo que es. Quiero decir que... si yo también hubiera sabido...

EMILIA. — Callate, Elvira. Callate. No seas hipócrita. ¿Me vas a decir que, viviendo a cuatro cuadras de distancia de lo de Jorge, no sabías cuál era la verdadera situación en su casa?

ELVIRA. — Nunca vemos a Jorge. No vamos a su casa y ellos no vienen aquí. No trago a Susana. Jamás la tragué y no pienso tragarla.

EMILIA. — ¡Muy bien! Pero la cuestión es que mamá tuvo que suicidarse porque los queridos hijos le hicieron la vida tan pesada que no pudo soportarla.

NORA. — No te apures, no se sabe.

EMILIA. — Yo lo sé. Me lo dice el corazón.

ELVIRA. — A vos el corazón te dice mucho y te equivocás siempre. Meterle a esta chiquilina ideas raras en la cabeza, para que me odie cuando sea vieja. No tenés perdón de Dios, Emilia. Sobre todo vos, que tenés un hijo como el que tenés.

NORA. — ¡Elvira! Realmente, Elvira, a veces parece que hablas sin pensar las cosas.

ELVIRA. — ¿Qué? ¿Dije alguna mentira? Una madre tiene que cuidarse mucho antes de hablar. (*Señalando dramáticamente a Matilde.*) Porque ahí está el castigo de una madre.

EMILIA. — Eso fue lo que dije.

ELVIRA. — Por eso hay que frenar un poco la lengua.

EMILIA. — (*Muy serena.*) Andate a la mierda. (*Se incorpora lentamente ante el asombro de Elvira. Sale dando un portazo.*)

ELVIRA. — ¡Pero!

NORA. — ¡Elvira, qué poco tino!

ELVIRA. — ¡Pero no oíste como me... las cosas que me dijo! ¡Y las cosas que intentó meterle a esta en la cabeza!

NORA. — ¡Pobre Emilia! Deberías salir a buscarla.

ELVIRA. — Ni muerta. Que se vaya con Dios. (*A Matilde.*) ¡Y vos... tarada! Idiota de la cabeza. (*Se toca la cabeza.*) Porque vos sos corta de aquí. Yo digo que hace un siglo que no voy al cine y vos... que fui anoche.

MATILDE. — ¿Para qué me preguntaste?

EIVRA. — Te lo pregunté para que dijeras que hacía mucho que no iba.

MATILDE. — ¡Yo qué sabía!

EIVRA. — Nunca sabés nada.

NORA. — Eivra, que eso no tiene importancia. También habla mal de Antonio. *Pas d'importance*³².

EIVRA. — ¡Claro que "pasdampportans"! Al fin y al cabo, voy con mi plata y no jorobo la vida de mi familia contándoles mis penas. Cada cual carga con su cruz gamada³³. ¿O no? (A Nora.) ¿Vos sos feliz? (Sin esperar respuesta.) ¿Entonces? Yo tampoco. La vida es una gran porquería, pero no le jorobo la paciencia a nadie por eso. (Suena el teléfono. Matilde atiende.)

MATILDE. — ¡Hola! Sí. Matilde. ¿Qué pasó? Bueno. (A Eivra.) Mamá, papá quiere hablarte.

EIVRA. — (Tomando el auricular.) Sí. ¿Quién es? Pero querido, no te reconocí la voz. No te pongas así, Sergio. Estamos todos nerviosos. (Tapa el tubo y se dirige a Nora.) Me llamo "querida" y yo le pregunto quién es. (Vuelve al auricular.) Sergio, no te reconocí la voz. Claro que nadie más que vos me llama "querida". Ni siquiera vos me llamás así nunca. Por eso me sorprendiste. La nena me dijo que eras vos. Pregunté mecánicamente. Contá. ¡Ay, Sergio! ¡Contá! ¡Pero! ¡No! ¡Qué atrocidad! (Nora se le acerca.)

NORA. — ¿Es ella?

EIVRA. — (Asiente.) ¿Quién fue? ¿Quién decís que fue? ¿Antonio? ¿Y no podríamos velarla allí? (Nora cae

³² "No tiene importancia", en francés. A continuación, Eivra intenta imitar la pronunciación de la frase.

³³ Cruz que tiene cuatro brazos acodados como la letra gamma mayúscula del alfabeto griego. Se ha adoptado como símbolo religioso, político o racista, y constituye uno de los símbolos del nazismo. Eivra mezcla las frases "cada cual carga con su propia cruz" y "cruz gamada".

sentada.) ¿Aquí Sergio, ¡sabés lo sensible que es la nena! ¿Qué querés? ¿Traumatizarla? Sí, querido, ya sé que es tu madre. A mí también me duele. ¡Maginatel! ¿Qué cosal Bueno, ¿qué se le va a hacer? ¡No somos nada, eh! ¡Pero que Susana no me pise esta casa, eh! ¿Que no me la pise. ¿Tardan mucho los trámites? Bueno. (Va a colgar, pero se acuerda de...) Ah, viejo... te acompaño en el sentimiento. (Cuelga.) ¡Qué vida, Dios mío!

MATILDE. — ¿La van a traer aquí?

EIVRA. — Vos te callás. ¿Dónde querés que la velen? ¿En la casa de donde la expulsó la bruta de tu tía? ¡Pobre viejal! (A Matilde.) Andá a comer algo antes de que lleguen; después no vas a poder. ¡Pobre Sergio! ¡Tenía una voz! Dice que quedó tan destrozada que apenas si se la reconoce. Por los zapatos. Reconocieron los zapatos que usaba. ¿Qué iba a hacer? ¿Negarme a que la trajeran? Una no es un animal, después de todo.

NORA. — ¡Ay, hubiese dado diez años de mi vida por que no fuera ella. ¡Las trastadas que puede jugarte el corazón! Yo hubiera jurado que no era ella.

EIVRA. — Y yo hubiese dado lo que me queda de vida por que lo fuera.

MATILDE. — ¿Dónde piensan velarla? ¿En tu cuarto?

EIVRA. — ¡Qué problema! Esta desgraciada de Susana me desorganizó toda la casa. ¿Dónde la velamos?

NORA. — ¡En tu cuarto! De todos modos... ¿quién va a dormir esta noche?

EIVRA. — ¡Esol! ¿Quién va a dormir? ¡Con el cansancio que tengo!

MATILDE. — ¿Por qué no la velamos en tu casa, tía Nora?

NORA. — ¡Pero Matilde!

EIVRA. — En realidad, Nora, en tu casa tenés más comodidad.

NORA. — No se necesitan comodidades para velar a un ser querido. Lo único que se necesitan son buenos sentimientos.

MARILDE. — A mí me impresionan los muertos.

EIVIRA. — ¡Y a mí!

MARILDE. — ¿Por qué la tienen que traer aquí? ¿No pueden velarla en la morgue?

EIVIRA. — ¿Pero a quién salís, tan dura de sentimientos?

¡Es la madre de tu padre, caramba! (A Nora.) ¡Si hubiese oído la voz del pobre Sergio! ¡Estaba tan emocionado! ¡Adoraba a la viejita! ¡Pobre!

NORA. — Parece mentira. ¡Mamá Coral! La vi el mes pasado... tan limpia... tan...

EIVIRA. — ¡Eso! ¡Tan limpia y tan...! ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! Parece mentira. (Entran violentamente Jorge y Susana.)

JORGE. — Eivira, no pueden hacerme eso. Viví conmigo toda la vida. Mal o bien, viví conmigo. No pueden hacerme eso. Mamá no sabía lo que hacía. ¿Vos creés que yo iba a permitir...? Si hubiera sospechado... No-
ra, ¡qué desgracia tan grande! ¿¡Podés imaginar lo que será mi vida de ahora en adelante!?

EIVIRA. — Un calvario. Como debe ser.

JORGE. — Las cosas no sucedieron como ustedes se imaginan. No pueden hacerme esto.

NORA. — ¿Qué te estamos haciendo, Jorge? ¿Querés explicarte?

JORGE. — Antonio y Sergio decidieron que, puesto que mamá no quería vivir en mi casa, tampoco hay que velarla en ella.

EIVIRA. — Ese es un juicio sensato. Se mató por eso, ¿no?

JORGE. — ¿Qué va a pensar la gente? Yo también me mato. No pasa de hoy; yo me mato. No lo soportaré. No soportaré que la gente piense...

EIVIRA. — ¿Ahora te preocupa tu buen nombre?

SUSANA. — (Dirigiéndose a Eivira como una tigresa.) Cerrá el pico, arpa. (Jorge la aferra por la cintura.)

EIVIRA. — ¡Qué audacia! ¿Te das cuenta, Nora?

SUSANA. — ¡Conventillera!

EIVIRA. — ¿Te das cuenta con lo que hay que lidiar?

SUSANA. — (Desprendiéndose de los brazos de su marido.)

No sé para qué vinimos a pedir el apoyo de esta. Vos sos el mayor y por lo tanto tenés más derechos que los otros.

EIVIRA. — ¿Ahora te acordás de los derechos? ¿Por qué no pensaron a tiempo en los deberes, antes de echarla a la calle?

JORGE. — Pero ¿quién la echó? (Se deja caer de rodillas, presa de la desesperación.) ¿Quién la echó? Susana había parado una mayonesa para hacer...

EIVIRA. — Ya lo sabemos. Muy bien. Ahora no te molestará más. ¿No querían que alguien se la llevara por algún tiempo? Pues bien, Dios los oyó y se la llevó para siempre. ¿De qué se quejan?

JORGE. — Viví conmigo y saldrá para su morada final de mi casa.

EIVIRA. — Sergio también es un hijo.

NORA. — Y Antonio.

SUSANA. — ¿Desde cuándo? Para la gente. ¿Pero cuándo fueron hijos para ella?

EIVIRA. — Con vos no hablo.

SUSANA. — Mejor. ¿Quién te necesita?

EIVIRA. — Si no me necesitás, ¿para qué viniste? ¿Yo te llamé? ¿Alguien ha oído mi voz?

SUSANA. — Vinimos porque pensamos que como sos vos quien lleva los pantalones en esta casa y como conocemos la roca que tenés en lugar de corazón...

ELVIRA. — ¡Y que seas vos quien se atreva a hablar de mi corazón! ¡Vos! ¡Que no dudaste un instante en empujar a una santa mártir a la muerte porque te echó a perder una porquería de mayonesa! ¿Vos te atrevés a hablar de mi corazón? (*Se echa a llorar con gran hipocresía.*) ¡Las lágrimas que ya derrané en el día de hoy por tu culpa!

NORA. — Muchachas, un poco de respeto por el alma de esa pobre anciana.

ELVIRA. — (*Dejando de llorar súbitamente.*) ¡Esol! ¡Un poco de respeto, qué tanto! ¡Caramba! No le dieron un minuto de descanso mientras vivió. Déjenla en paz ahora que está muerta.

SUSANA. — Si vos sabías que no le dimos ni un minuto de descanso mientras vivió, ¿por qué no te la trajiste a tu casa? ¿Por qué no la salvaste de mis garras? ¡Charlatanal! No ves que harías mejor en ocuparte de otras cosas, en lugar de meterte en la vida ajena.

ELVIRA. — ¿De qué, por ejemplo? (*Nora se incorpora aterrada.*)

SUSANA. — De Nora y de Sergio, por ejemplo.

NORA Y JORGE. — (*Juntos.*) ¡Susanal!

JORGE. — Debería darte una...

ELVIRA. — ¿Qué pasa con Nora y Sergio?

NORA. — ¿Cómo podés inventar cosas así, Susana? Sobre todo en este momento.

ELVIRA. — ¿Pero qué quiso decir con eso? (*A Nora.*) Que vos y Sergio...

NORA. — ¡Elvira, la nena!

ELVIRA. — Siempre está donde no la llaman. (*A Matilde, a gritos.*) Andá para adentro, vos. ¿Qué hacés siempre entre los mayores?

MATILDE. — ¡Putal! (*Salie.*)

ELVIRA. — (*A Susana.*) ¿Qué quisiste decir?

SUSANA. — Lo que dije. (*Se dirige a la puerta.*) Vamos, Jorge, antes de que tenga que hacerle un dibujito para que se entere.

ELVIRA. — ¿Ahora te vas? (*La detiene.*) ¿Arrojaste la piedra?

No escondas la mano, ahora.

NORA. — No hay que tomar en cuenta estas cosas. En un momento así se dice cualquier cosa. Además, Elvira, no hay que olvidar a la pobre vieja.

ELVIRA. — ¿Qué vieja?

NORA. — ¡Mamá Coral!

ELVIRA. — ¡Ah!

NORA. — ¡Pobrecita! ¿Cómo podés ofenderte por lo que diga Susana en este estado? Yo la perdono. ¿Te sirve de ejemplo? A mí, que me ha ofendido más que a vos, yo la perdono.

ELVIRA. — ¿Yo soy la cornuda y a vos te ofende más?

JORGE. — No te preocupes por vos hoy, Elvira. ¿No te das cuenta de que pasaron cosas muy importantes hoy?

(*Susana se acerca a Elvira más calmada, pero seca.*)

SUSANA. — Perdoname. Inventé ese embuste para hacerte sufrir.

NORA. — (*Rápidamente.*) Que no se hable más del asunto.

Las palabras son solo palabras y se las lleva el viento.

ELVIRA. — No para mí. (*A Susana.*) Guardate tu perdón en un bolsillo y salí de esta casa antes de que cuente cinco.

JORGE. — Pero antes... ¿qué hacemos con mi madre? (*Elvira va a contestar pero Nora le tapó la boca.*)

NORA. — ¡Calma, calma!

ELVIRA. — ¡Solíame! (*Nora la suelta.*) ¡Fueral! (*Lo ha gritado.*)

Se hace una pausa.

JORGE. — Nosotros no hicimos ni la mitad de lo que debimos de haber hecho por la pobre vieja, pero a tu lado, Susana y yo somos dos santos.

EIVRA. — Sí... Pero salgan de aquí, antes de que los cano-
nice. (Antonio irrumpe violentamente.)

ANTONIO. — Ya la bajan. ¿Prepararon el cuarto?

NORA. — ¡Antonio! (Se abrazan.)

SERGIO. — (Entrando.) ¡Eivra!

EIVRA. — (Abrazando a su marido.) ¡Sergio! (Se abrazan todos,
incluidos Susana y Jorge. Hay intercambio de abrazos du-
rante unos segundos. Matilde viene de su cuarto.)

SERGIO. — ¡La abuelita, Matilde! ¡Murio la abuelita! (Abra-
za a Matilde.)

JORGE. — ¡Por favor! Por favor, dejen que me la lleve a casa.

SERGIO. — Ya es tarde.

JORGE. — (Desesperado.) ¡Antonio, por favor, por favor!

ANTONIO. — (Hacia afuera.) ¡Apúrense! ¡Antes de que se
aglomere la gente!

JORGE. — (Enloquecido.) No me hagan esto. ¡Usurpadores!

(Saliedo.) ¡Ladrones!

EIVRA. — (Arreglándose el pelo.) ¡Ay, todo se hace con tanto
apuro! No tuve ni tiempo de llamar a la familia. (A No-
ra.) Tendríamos que hacer una lista de invi... quiero
decir... ¿a quién llamamos?

Apagón.

Cuadro 2

Cuatro horas más tarde. La puerta que comunica con la ha-
bitación de Matilde está abierta. Allí velan al cadáver y,
por lo tanto, de allí nos llegan los llantos y los rezos de los
deudos. Matilde está sola. Llorra, pero sospechamos que lo
hace más impulsada por el hecho de que velan a la muerta

en su cuarto, que por un auténtico dolor. La puerta de ca-
lle está abierta. Por las persianas bajas entran los amarran-
jados rayos del sol de la tarde.

VOCES. — Dios te salve, María, llena eres de gracia... (Si-
guen oyéndose las voces salmodiando el rezo, mezcladas
con llantos. Tío Felipe viene del cuarto de Matilde y se di-
rige a un armario. De allí saca una botella de coñac. Bebe
de la botella.)

TÍO FELIPE. — ¡Bueno, Matildita, no te pongas así!

MATILDE. — ¿Qué?

TÍO FELIPE. — Así es la vida, ¿qué se le va a hacer? Un tra-
guito. Con este calor, uno se deshidrata y se le seca la
garganta. (Vuelve a tomar, pero se atraganta porque en la
puerta aparece un jovencito con una corona de flores. El vie-
jo esconde la botella debajo del saco y se va a la cocina.)

JOVENCTO. — ¿Es aquí donde hay un muerto?

MATILDE. — Una muerta.

TÍO FELIPE. — (Se detiene brevemente al oír a Matilde.) Che,
que esa no es manera de expresarse. (Desaparece en la
cocina.)

JOVENCTO. — ¿Dónde la dejo? (Matilde lo mira sin compren-
der.) La corona.

MATILDE. — ¡Llévela ahí adentro.

JOVENCTO. — No. Perdoneme, pero los muertos me impre-
sionan. (Matilde redobla el llanto.) La acompaño en el
sentimiento y le dejo la corona aquí, si no le importa.
(Eivra viene del cuarto de Matilde.)

EIVRA. — Nena, no llores más. Te vas a enfermar.

MATILDE. — ¿Por qué me la metieron en mi cuarto?

EIVRA. — ¡Matilde!

MATILDE. — Los muertos me impresionan.

EIVRA. — ¡Es tu abuela!

MATILDE. — Eso no impide que sea un muerto.

EIVIRA. — Callate, si no quieres recibir mi bendición. (Al *Jovencito*.) ¿No esperarás una propina en un día de dolor como el de hoy, no?

JOVENCTO. — No, señora. De todos modos, la acompaño en el sentimiento.

EIVIRA. — Gracias, hijo. ¿Quieres entrar?

JOVENCTO. — No, señora.

EIVIRA. — Mirá que no es ninguna molesta. Pasá.

JOVENCTO. — Señora, es que...

EIVIRA. — Pero andá, chiquilín, te aseguro que no molestás. (Prácticamente empuja al *Jovencito* adentro. Luego se acerca a la corona.) Que haga un poco de bulto. ¡Vino tan poca gente! (Leyendo la tarjeta de la corona.) "Dora y Alfonsina".

NORA. — (Viendo de adentro.) ¿Quién es esa criatura que acaba de entrar?

EIVIRA. — No sé. Trajo esta corona.

NORA. — Está impresionadísimo. ¡Hace tanto calor ahí adentro!

EIVIRA. — ¿Qué me decís del llanto de la hipócrita?

NORA. — Yo ya lloré tanto que no puedo más. Estoy prácticamente deshidratada.

EIVIRA. — Es que habría que ser de piedra para no llorar. Y la amargada de Emilia tuvo que salir con su frasquita venenosa: "Cuatro hijos que no te merecieron nunca, que jamás pagaron tus desvelos". Me gustaría saber qué sacrificios hizo ella por la pobre vieja.

NORA. — Ay, Eivira, ella se incluyó en la frase.

EIVIRA. — Pura fórmula. ¡Si la conoceré! En el fondo piensa que es la única buena. Solo porque es pobre. (Entra doña Gertrudis.) ¡Doña Gertrudis! ¿Qué me dice de esta tragedia?

GERTRUDIS. — (Con leve acento extranjero.) Aún no lo puedo creer.

EIVIRA. — ¿Quién lo puede creer? (A Nora.) ¿Conocés a la profesora de francés de Matilde? Esta es Nora, mi cuñada.

GERTRUDIS. — *Enchantée*³⁴.

NORA. — *Enchantée*.

GERTRUDIS. — ¡*Quelle tragédie*³⁵! Aún no lo puedo creer.

EIVIRA. — Nadie lo puede creer. ¡Qué pérdida tan irreplaceable!

GERTRUDIS. — Era una santa. ¡Y qué condiciones tenía para el francés!

EIVIRA. — Estaba llena de condiciones para muchas cosas. Sí, era una santa. Una santa más que ha perdido la Tierra. Pero no se preocupe, doña Gertrudis, que en este momento, seguramente, Dios la tiene a su diestra.

GERTRUDIS. — ¿Pero *pourquoi*³⁶? ¿*Pourquoi*?

NORA. — Es lo que nos preguntamos todos. (Llorando falsamente.) ¿*Pourquoi*? ¿*Pourquoi*? Vaya a verla, que le dará una gran alegría. (Gertrudis se dirige al cuarto.)

GERTRUDIS. — ¡Ay, pobre mamá Cora!

EIVIRA. — (A Nora.) Se dice "diestra", ¿no? Con toda esta historia estoy tan abombada que ni sé lo que digo.

NORA. — Sí. Se dice "diestra".

GERTRUDIS. — (Desde adentro.) Pensar que fue ayer cuando te casaste... Fue ayer cuando nació la *petite*³⁷ Emilia.

³⁴ "Enchantada", en francés.

³⁵ "¡Qué tragedia!", en francés.

³⁶ "¿Por qué?", en francés.

³⁷ "Pequeña", en francés.

ELVIRA. — ¡La *petite* Emilia! ¡Dios mío! ¡Tenía setenta y ocho años! ¡Qué querían! ¡Qué llegara a los cien! Si yo llegara a vivir un día después de los setenta, me suicido.

NORA. — Es lo que hizo ella.

MATILDE. — Mamá, ¿puedo ir a lo de Pocha?

ELVIRA. — ¡No! ¿Qué va a decir la gente? Quedate y llorá un poco. ¿Pero es que no tenés vergüenza? (A Nora.) Tiene el carácter de los Costa. Duros y egoístas, que se mueren. Los Romero, en cambio, somos tan sentimentales. Pero es mejor, ¡eh! Andá tesoro, andá a mi cuarto y acostate un rato en mi cama. (Matilde sale.) ¡Pobrecita! Se me parte el alma. ¿Te parece que prepare un poco de café?

NORA. — Aún no. Esperá a que anochezca. (Elvira busca en el armario.)

ELVIRA. — ¡Este borracho! (Va a la cocina.)

VOCES. — Madre de Dios... Ten piedad de nosotros. (Elvira reaparece con la botella de coñac. Tío Felipe regresa a la habitación de Matilde, visiblemente borracho.)

TÍO FELIPE. — He perdido el sentido de la orientación, Elvira. ¿Dónde está la capilla ardiente³⁸?

ELVIRA. — Por ahí. (Le indica.) Este viejo va a terminar con todo. No hay bodega que resista. (Busca donde guardar la botella. Por fin, la esconde en un revistero lleno de revistas. Luego comienza a correr sillones y mesitas para arrollar la gastada alfombra.)

NORA. — ¿Qué hacés?

ELVIRA. — Salvo lo que puedo. Esta alfombra es de Esmirna. Ya no se consiguen. (Arrolla la alfombra y la deja contra una pared.) Cuando velamos a papá, desfiló tanta gente por casa. Bueno, a papá lo quería todo el mundo.

³⁸ Lugar donde se vela a un muerto.

NORA. — Estamos en verano. Mucha gente se fue a Mar del Plata.

ELVIRA. — Sí. Quizás hubiésemos tenido más éxito si hubiese esperado hasta el invierno y en un día de semana. Sergio tiene muchos amigos. (Sergio viene de adentro.)

SERGIO. — Dulce Jesús... Ten piedad de nosotros. No se puede respirar ahí adentro.

ELVIRA. — ¿Qué hace nuestra querida cuñadita?

SERGIO. — Lloro.

ELVIRA. — Falluta. (A Nora.) ¿Este aún no sabe nada de aquello? (A su marido.) ¿Sabés qué me insinuó esta tarde? Que vos y Nora son amantes. (Nora esboza una risa que aborta antes de emitir.)

NORA. — ¿A quién le importa lo que diga? Teniendo la conciencia tranquila, el resto no me importa. Yo tengo la conciencia tranquila.

SERGIO. — ¡Mujeres! (Furioso.) ¿Cómo pueden ir y venir con chismes en un momento así?

ELVIRA. — ¿Quién va y viene con chismes?

SERGIO. — ¿A mí qué me importa lo que Susana pueda inventar? ¿No ves que sufró?

ELVIRA. — Todos sufrimos, che, ¿o te creés que yo soy de granito? (Entran doña Elisa, cargando con un enorme recipiente de plástico lleno de agua, y una jovencita de la edad de Matilde.)

ELISA. — ¡Elvira!

ELVIRA. — ¡Doña Elisal! ¿Qué me dice usted de esta tragedia? (Se besan.)

ELISA. — En momentos así no hay lugar para el rencor. Te traje el agua de los ravióles.

ELVIRA. — ¡Qué corazón el suyo, doña Elisal! (A la jovencita.) Tesoro, agarrá eso y lleválo a la cocina. (La jovenci-

ta va a la cocina con el recipiente. Elisa le da el pesame a Sergio y a Nora con un beso.)

ELISA. — Mi más sentido pesame.

SERGIO. — Gracias, doña Elisa.

ELISA. — ¿Por qué hizo eso?

EIVIRA. — Es lo que nos preguntamos todos. ¿Por qué hiciste eso, mamá Cora? ¿Por qué?

ELISA. — ¡Un alma tan pura!

EIVIRA. — ¡Eso! ¡Un alma tan pura y, sobre todo, tan exquisita!

ELISA. — ¿Para qué nacerá uno? Es tan corto el tránsito por la vida, que sinceramente no vale la pena.

EIVIRA. — Es lo que decimos todos. No vale la pena, no. Pase, doña Elisa. Pase, pase, que el alma de la pobre se sentirá muy reconfortada. (Elisa va adentro. La jovencita vuelve de la cocina.)

JOVENCITA. — (Tragando rápidamente algo.) ¿Matilde?

EIVIRA. — ¿Te gustaron las masitas? (A Nora.) Quedaron algunas todavía. Matilde está en mi cuarto. Andá a traerla un poco, tesoro. ¡Qué linda estás con ese vestido nuevo! Parecés una modelo. (La jovencita sonríe complacida y va al dormitorio de Eivira.) ¡Qué horrible es esta criatura! Cada día se parece más al padre. ¿No tendrás otra aspirina, Nora? (Nora le ofrece una aspirina, que saca de su cartera.) ¡Ay, qué día! (Eivira va a la cocina.)

SERGIO. — ¿Por qué aprovecharía Susana un día como el de hoy para hablar de lo nuestro?

NORA. — ¡Yo lo negué, eh!

SERGIO. — Te dije que nos había visto.

NORA. — Y yo te dije que ese lugar era demasiado arriesgado. Si Antonio llegara a enterarse...

SERGIO. — ¡No! ¡Pobre hermano mío! ¡Sería horrible! ¡Con lo que yo lo quiero!

NORA. — Es lo que digo. Pero tratándose de tu mujer, que no es por cierto la discreción...

SERGIO. — ¿Quién puede ser discreto tratándose de cuernos?

NORA. — Ella. Tratándose de los que, según deduzco, te puso a vos.

SERGIO. — (Que hasta ahora estuvo casi susurrando, como Nora, todo el diálogo anterior, explota a gritos.) Jamás me puso cuernos. (Emilia viene de la capilla adiente.)

EMILIA. — ¡Un poco de respeto por la madre muerta! ¡Qué tanto!

SERGIO. — (Sigue exaltado.) Dejame sufrir tranquilo, ¿qué res? Ocupate de tu dolor, que yo me ocupo del mío.

JORGE. — (Apareciendo con el jovencito desmayado en brazos.)

¿Quién dejó entrar a esta criatura? Los velorios no son para niños. (Jorge acuesta al jovencito en el sofá. Eivira viene de la cocina.)

EIVIRA. — (Gritando.) ¿Qué pasó?

EMILIA. — No grites.

JORGE. — (A Eivira.) ¿Por qué lo dejaste entrar?

EIVIRA. — ¿Quién lo dejó? Quiso verla. Los muertos son de dominio público, como las bibliotecas y los parques. ¿Por qué iba a impedirle la entrada? (El jovencito vuelve en sí.) Bueno, chiquito, recuperate pronto y andate, que un velorio es algo serio. ¿Te sentís mejor?

JOVENCITO. — Sí. (Se incorpora.) Los acompaño en el sentimiento.

EIVIRA. — Igualmente, gracias. (El jovencito se tambalea.)

Bueno: chiquito, ¿qué te pasa ahora? ¿Estruviste brindando?

JOVENCITO. — ¿Qué le pasó?

EIVIRA. — La atropelló un tren. ¿Nunca habías visto un muerto?

JOVENCTO. — Sí. Uno. Pero no estaba en tan mal estado. (El jovencto sale.)

EIVIRA. — ¡Eso se llama tener soberbia! (Reaccionando.) Pero, hombre, vaya alguno adentro. ¡Que no queda bien! (Emilia y Jorge regresan al dormitorio de Matilde.)

EMILIA y JORGE. — Madre de Dios... ten piedad de nosotros...

NORA. — No me explico cómo aguantan ahí adentro. ¡Es una habitación tan chical! (Viene Susana del cuarto de Matilde.)

EIVIRA. — (Dirigiéndose a Nora.) Explicale que esto no es un party³⁹ danzante, por si no lo sabe.

SUSANA. — (A Nora.) Decile que, ya que se está dando el gusto de velarla aquí, que por lo menos se ocupe de las sillas.

NORA. — (Explostando.) ¿Quieren dejarse de joder? Tengan piedad de mis nervios.

EIVIRA. — ¡Nora!

NORA. — (Tratando de recomponer su imagen.) Tengo los nervios destrozados.

EIVIRA. — ¿Y se puede saber por culpa de quién?

NORA. — Si te parece que pasaron pocas cosas...

SUSANA. — Es cierto. Si te parece poco...

EIVIRA. — Con vos no hablo.

SUSANA. — Hacés mal. Ustedes tampoco son santas.

EIVIRA. — ¿Quién la echó de tu casa? ¿Vos o yo?

SUSANA. — No la echó nadie. Perdí la paciencia, eso es todo...

EIVIRA. — Si volvés a contarme lo de la mayonesa, te juro que pego un grito.

SUSANA. — ¡Es horrible! Jorge no me lo perdonará nunca.

EIVIRA. — ¡Sí que te perdonará! Es un pobre hombre sin carácter.

SUSANA. — Yo no me lo perdonaré nunca.

EIVIRA. — Ah, eso es otra cosa. Si te sentís culpable...

SUSANA. — ¿Qué hacés vos para no sentir remordimientos?

EIVIRA. — Cumplí siempre con mi deber y trato de no ser injusta.

SUSANA. — (Fatigada.) Sos una inconsciente. Eso sos. Una inconsciente.

NORA. — Yo, que soy la menos culpable de las tres, tengo unos remordimientos espantosos.

EIVIRA. — ¿Menos culpable, por qué? Sos tan inocente como yo.

NORA. — Eivira... no quiero poner el dedo en la llaga, pero... al fin y al cabo... Sergio y vos están viviendo en la casa que fue de mamá Cora. Estos son sus muebles.

EIVIRA. — ¡Ahora vas a reprocharme eso!

NORA. — ¡Dios me libre! Yo no te reprocho nada. Te recuerdo nada más que... (Suena el teléfono.)

EIVIRA. — ¡Qué falta de respeto! ¡Llamar un día de duelo! (Atiende.) ¡Sí! Yo soy la esposa. Hable. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué dice? Pero... dice usted unas cosas... ¡Y encima no habla claro! Sáquese lo que tenga en la boca, que no le entiendo. Repítamelo. (Nora y Susana se le acercan lentamente. Emilia se asoma junto a la puerta del cuarto de Matilde.) ¿No es una broma? Ah, no sería la primera vez.

EMILIA. — ¿No te da vergüenza, en un día como hoy?

EIVIRA. — Pero... ¿está seguro? No, yo no me fijé. Me impresionan los muertos. Pero si los propios hijos, que son sangre de su sangre y carne de su carne, no se dieron cuenta...

EMILIA. — ¿De qué no nos dimos cuenta?

ELVIRA. — De que se equivocaron de muerto. Ese cadáver es el de una intrusa. (*Emilia vuelve a desmayarse. Nadie le hace caso, pues ya los tiene habituados.*)

SUSANA. — Tenía los mismos zapatos.

ELVIRA. — (*Sigue hablando por teléfono.*) Bueno, venga a buscarla en seguida, ¿me oye? Que la estamos velando en el cuarto de la nena y ya hemos llorado como locos. No se juega de este modo con los sentimientos de la gente.

ANTONIO. — (*Viniendo de la capilla ardiente.*) ¿Qué pasa?

ELVIRA. — Que se equivocaron de muerto. ¡Estúpidos! (*Antonia tropieza con Emilia al ir hacia Elvira.*)

ANTONIO. — ¿Emilia, qué hacés ahí? ¿Te parece momento apropiado para una siesta?

ELVIRA. — ¡Qué vergüenza!

EMILIA. — (*Gateando y gimiendo como una niña.*) ¡Mamá! ¿Dónde está mi mamá? Yo quiero a mi mamá.

ELVIRA. — (*Todos vienen de la capilla ardiente.*) ¿Y por los zapatos se reconoce a una madre?

ANTONIO. — Está desfigurada.

ELVIRA. — ¡Qué familiar! ¡Y nosotros aquí, retorciéndonos de dolor como unos idiotas!

EMILIA. — ¿Dónde está mamá? ¿Dónde?

ELVIRA. — ¡Yo qué sé! ¡Pero hay que ser idiotas! (*Ella se sienta.*) Solamente un idiota puede equivocarse de muerto. ¿Qué es un muerto? ¿Alguien que respira? No. ¿Alguien que sufre y protesta? Tampoco. ¿Un paquete? (*Matilde, acompañada de su amiga, viene del dormitorio de Elvira.*)

MATILDE. — ¿Qué pasa?

ELVIRA. — Que esa muerta que estamos velando en tu cuarto no es tu abuela, sino una húngara.

MATILDE. — (*Histérica.*) ¡Yo no duermo más en ese cuarto!

ELVIRA. — Vos te callás.

MATILDE. — ¿Muerta y húngara, y encima querés que duerma ahí? (*Una anciana con expresión de circunstancias viene de la calle.*) Vos no tenés entrañas.

SEÑORA. — ¡Qué tragedia! Acabo de enterarme. ¿Por qué lo hizo? (*La señora, que evidentemente es sorda, sigue para adentro.*) Pobre santa.

ELVIRA. — ¡Qué "pobre santa", ni que ocho cuartos! Nos tiene aquí como sobre ascuas.

SEÑORA. — ¿Dónde está? ¿Dónde está esa pobre amiga?

ELVIRA. — No se canse, que no es ella.

SEÑORA. — ¡De cuánto dolor está sembrada la vida! (*Primero ha ido al cuarto de Elvira, luego sale y se dirige al de Matilde, ante la mirada de todo el mundo, que le sigue los pasos.*) Vos que fuiste santa entre los santos...

ELVIRA. — Ma' sí, que se dé el gusto. Déjela llorar. ¿Qué hacemos? Sáquenme a esa húngara del cuarto de la nena.

MATILDE. — Sí. ¡Rápido! ¡Rápido!

ELISA. — No nos apuremos, Elvira. Quizás ese llamado haya sido una broma.

SEÑORA. — (*Desde la capilla ardiente.*) ¿Qué te pasó? ¿Qué te hicieron? ¿Quién te dejó así?

ELVIRA. — ¡Que alguien le cierre la boca a esa mujer!

GERRUDIS. — ¿Por qué no telefonéas a la comisaría? Ahí te dirán si es solo *une plaisanterie*.⁴⁰

ELVIRA. — ¿Alguien tiene el número del Departamento?

Llamen. Hagan algo.

MATILDE. — Yo no duermo más en ese cuarto.

ELVIRA. — Que te calles. (*Sergio busca el número en la guía.*)

⁴⁰ "Una broma", en francés.

¡Tanta lágrima inútil! ¡Tanto dolor malgastado! ¿Por qué no se quedarán en sus países, estos comunistas muertos de hambre? ¿Encontraste? (Sergio marca un número en el teléfono.)

EMILIA. — ¡Pobre mamá! Si llegara a ser ella... ni un velorio tranquilo pudo tener la pobre.

GERTRUDIS. — Cuando se nace... *malheureuse*⁴¹...

EMILIA. — (Llorando.) Cuando no se tiene suerte.

EIVRA. — No llores. Controlá tus sentimientos ahora, hasta que sepamos seguro. ¿Para qué derramar lágrimas por muertos ajenos?

SERGIO. — (Hablando por teléfono.) ¿Me podría dar con el principal...? ¿Y alguien responsable que pudiera darme una información...? ¿Cómo que en el Departamento no hay responsables? Algún responsable habrá, digo yo... Mire... esta tarde denunciarnos la desaparición de una señora anciana y dos horas más tarde nos llaman para decirnos que la habían encontrado y que estaba en la morgue... ¿Cómo...? Sí. Muerta, claro. Entonces nos fuimos a la morgue y la reconocimos por los zapatos, porque el resto estaba irreconocible. Imagínese, se arrojó bajo las ruedas de un tren...

EIVRA. — No hagas tan larga la historia. ¿No podés abreviar?

SERGIO. — Sí. Aquí también me piden que abrevie. Se la hago corta. Le diré que, después de llenar no sé cuántos trámites y de mover influencias, conseguimos traerla a casa con este calor. Hace cuatro horas que la estamos velando y ahora resulta que recibimos otra llamada telefónica de ahí... Sí. Hablaron con mi señora y le dije-

ron que el cadáver que tenemos en casa no es el de mi madre, sino el de una húngara... Sí. Sí, señor. Húngara. Yo qué sé cómo vino a dar aquí una húngara. Hay húngaros, señor. De ahí llamaron... Sí. Hágame el favor y averigüemelo. Porque si resulta que estuvimos llorando inútilmente por una extranjera que ni siquiera conocemos... Sí... Sí, señor. (Tapa el tubo.) Fue a ver. (Suspira.)

EIVRA. — Bueno, no se aglomeren. Acomódense donde puedan. Susana, andá a buscar las sillas al cuarto de Matilde.

EMILIA. — Esperá un poco. A lo mejor es ella. Esperá a que Sergio termine de hablar.

SERGIO. — Esto es tener mala suerte. (Se seca el sudor del cuello con un pañuelo.) Nació así y no hay nada que hacerle. Todo me sale mal. Todo me cuesta más que a los demás.

JORGE. — ¿Querés que te haga un retrato de mi vida? ¿Quieres que te cuente lo que es mi calvario?

EIVRA. — No hace falta. Por Dios, señores, no se aglomeren. Hace un calor de perros.

JORGE. — ¿Querés que te haga el retrato de un canceriano? Te lo hago.

SERGIO. — (Volviendo al teléfono.) ¿Sí? Ah. Pero no sabe quién... ¿Está seguro? Pero no habrá ahí alguien que... Bueno. Gracias. (Cuelga.) Dice que no sabe nada de ninguna húngara.

GERTRUDIS. — *Voilà*⁴².

EIVRA. — ¡Cuánta gente baja hay en este mundo, madre mía! Bueno, a seguir entonces con el velorio, que aquí no ha pasado nada. (Las ancianas y Emilia vuelven auto-

41 "Desdichada", en francés.

42 "Ahí tienen", en francés.

náticamente a llorar mientras regresan a la capilla ardiente. Los únicos que quedan son Elvira, Nora, Matilde, su amiga y Sergio.)

VOCES. — Dulce Jesús... ten piedad de nosotros.

SERGIO. — ¡Qué papelón!

ELVIRA. — ¡Y yo qué sabía!

SERGIO. — *(Yendo para adentro.)* Mirá... será mejor que te calles. Hoy estás fatal.

ELVIRA. — ¿Qué culpa tengo si...? *(A Nora.)* ¿No?

MATILDE. — Mamá, ¿podemos ir a casa de...?

ELVIRA. — ¡Que no! Te dije mil veces que no. ¿Querés que nos señalen con el dedo y que los vecinos digan que estuvimos bailando en ritmo de "salsa", locos de contento porque se murió tu abuela? *(Matilde, fastidiada, vuelve al dormitorio de la madre con la amiga.)* Es que no queda bien.

NORA. — Se me parte la cabeza. Jamás en mi vida recuerdo haber pasado un domingo más miserable.

ELVIRA. — Gracias por la parte que me toca. ¡Qué amable! *(Sergio sale de la capilla ardiente secándose el sudor.)* Sergio...
gio...

SERGIO. — ¡No quiero oírte! Ya hablaste bastante por hoy. *(Va a la cocina. Doña Elisa viene del cuarto de Matilde.)*

ELISA. — *(Sentándose junto a Elvira.)* ¿Tenía alguna enfermedad? *(Tío Felipe, con disimulo, abre armarios buscando una botella.)*

ELVIRA. — ¿Quién? ¿Mamá Cora? No. Estaba sana como un roble.

ELISA. — Entonces, estaba un poco chocha.

ELVIRA. — ¡Qué esperanzal! ¡Perfectal! Claro que sin exagerar. Así como usted. ¡No! ¡Si parece mental! *(Tío Felipe descubre la botella en el revistero y se escabulle con ella hacia la cocina.)*

ELISA. — Criás hijos sanos y fuertes, y un día llega una desconocida que te los transforma en tus enemigos en menos de lo que canta un gallo.

ELVIRA. — No es mi caso.

ELISA. — Hablo de mi nuera. *(Elvira se interesa en el asunto.)*

ELVIRA. — ¿No se lleva bien con ella?

ELISA. — Un par de zapatos viejos vale más que yo. Pero yo no me mato.

ELVIRA. — ¿Por qué se iba a matar? ¡Tan fuerte y tan inteligente como es usted todavía!

ELISA. — Cora se mató.

ELVIRA. — Es que ella estaba un poco reblandecida.

ELISA. — ¿No acaba de decir que estaba en sus cabales?

ELVIRA. — Sí. Estaba. Como usted. Perfecta.

TÍO FELIPE. — *(En la cocina.)* Este no es el cuarto de Matilidita.

SERGIO. — *(En la cocina.)* No. No es el cuarto de Matilidita. Y eso que tiene en la mano tampoco es un chori-zo cantimpalo, sino una botella de coñac. *(Reaparecen Sergio y tío Felipe. Este, con la botella vacía en la mano.)*

TÍO FELIPE. — La puerta de Matilidita. Elvirita, estoy perdido.

ELVIRA. — *(Mirando a Sergio, quien le muestra que no queda una gota en la botella.)* Sí, ya lo veo.

TÍO FELIPE. — Tengo la garganta seca. Elvirita, ¿no tendrías algún licorito por ahí?

ELVIRA. — No, no queda ningún licorito. Ahí tiene el cuarto de Matilde. Yaya y cumplo como buen cristiano. *(Sergio se lo lleva.)*

ELISA. — ¡También este tiene su historia, eh!

NORA. — Elvira, ¿podrías preparar café? Me estoy desmayando.

ELISA. — Sí, no nos vendría mal. (*Elvira va a la cocina suspirando.*) Gran muchacha esta Elvira.

NORA. — (*Sin convicción.*) Sí. (*Elvira regresa.*)

ELVIRA. — Lo puse a calentar. (*Se sienta.*) ¿Sabe lo que hace falta en este mundo, doña Elisa? Bondad. Caridad cristiana. Pero cuando no se ha mamado bondad con la leche materna... Porque ahí está nuestro origen. En la leche materna. Pero cuando los pechos de una madre no están llenos de bondad...

ELISA. — Jorge no tiene perdón de Dios. Un hijo no debe olvidar los pañales que ha lavado una madre, las noches de insomnio de una madre...

ELVIRA. — ¡Eso!

ELISA. — Una nuera malagradecida puede olvidarse. ¡Pero un hijo! Me duele el alma, te lo juro.

ELVIRA. — También yo fui nuera, doña Elisa. Pero ojalá todas las nueras fueran como yo. El mundo sería distinto.

ELISA. — Es que vos, hija... vos sos un caso aparte.

ELVIRA. — ¡Un caso apartel, pero ¿quién lo reconoce?

ELISA. — ¿Quién se atreve a negarte tus méritos?

ELVIRA. — ¡Susana! Me acusa de haber dejado morir a la pobre vieja.

ELISA. — Eso sí que no me lo creo.

ELVIRA. — Pregúnteselo a Nora, que no me dejará mentir.

ELISA. — Qué te importan las acusaciones de una Susana, a quien en estos momentos, seguramente, Dios la estará anotando para mandarla al purgatorio. ¿Vos creés en Dios?

ELVIRA. — Si no creyera, ¿cree que podría resistir este dolor?

ELISA. — Entonces no te aflijas, que cada cual tendrá su merecido.

NORA. — Elvira, no te olvides del café.

ELVIRA. — ¡Es cierto! (*Va a la cocina.*)

ELISA. — ¡Si la pobre hubiese tenido la suerte de vivir con esta!

NORA. — (*Mirándola secamente.*) Hubiese pasado lo mismo.

ELISA. — ¿Por qué? ¿Tampoco la trataba bien la Elvira?

NORA. — La cosa ya no tiene remedio. ¿Para qué seguir hablando?

ELISA. — Con vos hubiese sido feliz la vieja.

NORA. — ¿Quién sabe? A lo mejor soy tan mala como ellas.

ELISA. — Pero, muchacha, ¡qué poco te conocés! Sos la mejor de todas. Lejos. La mejor. Tu madre sí que es una santa.

NORA. — Eso no tiene nada que ver. Mi madre puede ser una santa y yo no valer ni dos centavos.

ELISA. — Los valés. Creeme que los valés. Elvira, para decirte la verdad, no es mejor por el origen que tiene. La pobre recuerda a su madre como a una santa... pero... estaba tan lejos de serlo, como yo de parecerme a Libertad Leblanc⁴³. La llamaban "los tres centavos".

NORA. — ¿Por qué?

ELISA. — Porque se conformaba con cualquiera. No había hombre feo para ella. Le puso unos cuernos así de grandes al padre de esta, que tampoco era trigo limpio⁴⁴. ¿Cómo esperar que esta salga mejor? (*Viene Elvira con una bandeja con tres tazas de café humeante.*) Muchacha, ¡las molestias que te damos en un día así!

ELVIRA. — ¡Ningunal! ¿Cuánto azúcar?

ELISA. — Tres. (*Le sirve.*)

ELVIRA. — ¿Y vos, Nora?

⁴³ Actriz argentina, muy famosa en la década del sesenta.

⁴⁴ Buena gente.

NORA. — Nada. Le echaré sacarina.

ELVIRA. — Los sacrificios que hacés para mantener esa lina. ¡Qué calor! ¡Hoy debemos de haber batido todos los récords!

NORA. — ¿Tenés alguna duda? *(Beben y suspiran.)*

ELISA. — ¿Para qué nacerá uno?

ELVIRA. — ¡Esol! ¡Tengo unas ganas de llorar!

ELISA. — Hacelo. Eso alivia mucho.

ELVIRA. — No lloro para no impresionar más a la nena. Pero tengo que hacer unos esfuerzos, que siento como si me estuviera herniando.

ELISA. — De sacrificios está tapizada la vida de una madre.

ELVIRA. — Después te lo pagan con un puntapié en el trasero.

ELISA. — Más valdría criar cuervos.

ELVIRA. — ¡Esol! Por lo menos te sacan los ojos. Son bestias.

Pero un hijo... *(Suspira.)*

ELISA. — Si existe el infierno, no te quepa duda: está lleno de hijos.

ELVIRA. — ¡Si existe...! ¡Pero doña Elisal! ¡Yo no creo que exista otra cosa!

Entra mamá Cora, como si flotara en el aire. Elvira se incorpora automáticamente.

ELVIRA. — ¿Qué me dice usted de esta tragedia? *(Elisa se incorpora aterrada. Nora, también.)* Se cono... *(Reaccionando, espantada.)* ¡Mamá Coral!

MAMÁ CORA. — ¿Qué tal, hijas?

ELVIRA. — ¿Dónde estuvo metida todo el día? ¡Qué inconsciente! Tenemos la casa llena de gente.

VOCES. — Madre de Dios... ten piedad de nosotros... *(Nora abraza a la vieja, llorando histéricamente.)*

MAMÁ CORA. — ¿Qué sucede?

ELVIRA. — ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué hacemos, Nora?

NORA. — Llévala a tu dormitorio.

ELVIRA. — Venga, mamá Cora. Pero ¡qué inconsciente! *(Elvira la guía hasta su cuarto, pero al dar dos pasos, mamá Cora se detiene porque...)*

VOCES. — ... ten piedad de nosotros. *(Los rezos se oyen entrecuchados con amenes y llantos.)*

MAMÁ CORA. — Alguien llora en el cuarto de Matilde.

ELVIRA. — No haga caso. Es solo un aparato de televisión.

(A la vieja se le ilumina el rostro.)

MAMÁ CORA. — ¿De televisión? *(Intenta encaminarse hacia la capilla ardiente y Elvira la detiene.)*

ELVIRA. — ¡Pero no! Es en la casa de al lado. Venga, recuétese un ratito en mi cama. *(La lleva al dormitorio.)*

ELISA. — ¡Qué impresionada estoy! Parece un fantasma.

¡Ay, mi corazón!

En ese momento se oyen los gritos histéricos de Matilde y su amiga. Aparecen gritando como poseídas. Corren alrededor de Nora y Elisa, que las miran impresionadas. Nora está al borde de una crisis. Transpira y está con el pelo húmedo por el sudor, pegotado. En una palabra, hecha una ruina. Los parientes y los amigos de mamá Cora se asoman. Las jorrencias dan una última vuelta alrededor del cuarto y por fin salen a la calle, siempre gritando.

TODOS. — ¿Y ahora qué pasa? ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

SERGIO. — ¿Qué pasa?

ELVIRA. — *(Vinriendo del cuarto donde ha dejado a mamá Cora.)*

¿Dónde hay un voluntario que quiera propinarles dos cachetadas a esas criaturas? El barrio se va a alborotar. *(Gritando hacia la puerta de calle.)* ¡Matilde!

SERGIO. — ¿Qué pasa?

EIVIRA. — Pasa que el llamado de hoy era del Departamento de Policía.

GERRRUDIS. — Pero, *ma fille*⁴⁵, no hagas caso de ese llamado.

Dejá que la pobre tenga un velorio tranquilo.

EIVIRA. — La que tiene un velorio tranquilo es esa húngara. Mamá Cora está en mi habitación.

SUSANA. — ¡Ay, Dios! (*Susana, Emilia, Jorge, Sergio y Antonio corren hacia adentro.*)

EIVIRA. — ¡Qué domingo! ¡Madre! ¡Qué domingo!

NORA. — Ahí vienen a buscarla.

EIVIRA. — ¿A quién?

NORA. — Al cuerpo ese.

EIVIRA. — Ocupate vos, ¿querés? Que se lo lleven de una vez. Que lo saquen del cuarto por la ventana. Que también entren por la ventana los camilleros. No quiero que mamá Cora se dé cuenta de nada. (*Nora sale a ocuparse.*)

TÍO FELIPE. — ¿Qué pasa? He oído rumores. ¿Pasa algo, Eivira?

EIVIRA. — Sí. Algo pasa. (*Mamá Cora vuelve con sus hijos y Nora.*)

TÍO FELIPE. — ¡Dios! Este es un aviso. No beberé más. (*Sale tambaleándose hacia la calle.*)

GERRRUDIS. — ¡Mamá Cora!

MAMÁ CORA. — ¡*Mam'selle!* ¡*Quelle surprise*⁴⁶! ¿Qué pasa aquí? ¿Alguien cumple años?

ELISA. — ¿Dónde estuviste todo el día?

MAMÁ CORA. — En casa de Raúl y el *Ital Park*⁴⁷.

⁴⁵ "Mi hija", en francés.

⁴⁶ "Señorial", "Qué sorpresa!", en francés.

⁴⁷ Famoso parque de diversiones de la ciudad de Buenos Aires. Fue cerrado en 1990.

ELISA. — ¡Pero todo el día!

MAMÁ CORA. — Para no molestar a los muchachos. Los pobres están nerviosos y quise dejarlos solos por unas horas. Me pasé toda la tarde haciendo merengues. Traje algunos para Matilde.

NORA. — ¡Pero, mamá Cora!

MAMÁ CORA. — (*A Eivira.*) ¿Por qué gritó Matilde cuando me vio?

EIVIRA. — No sé. ¡Es tan imprevisible esa muchacha!

MAMÁ CORA. — Ni que yo fuese un fantasma. Bueno, no importa. ¿Qué fecha es hoy?

SERGIO. — Tres de enero.

MAMÁ CORA. — ¿Y quién cumple años el tres de enero?

NORA. — Que yo sepa, nadie.

MAMÁ CORA. — Pero... ¿qué hace entonces toda esta gente aquí?

ELISA. — Venimos para ver si querías acompañarnos a un velorio.

MAMÁ CORA. — ¿Quién murió?

ELISA. — Una pobre húngara.

MAMÁ CORA. — Yo conocí a una húngara hace muchísimos años.

ELISA. — Seguro que es la misma.

MAMÁ CORA. — No hay que dejar de ir, entonces. ¡Ay, qué corta es la vida! ¡Dios mío!

SERGIO. — (*A Eivira.*) Preguntale a los camilleros adónde se la llevan. Mamá era amiga de la húngara. (*Eivira sale.*) Eivira va a conseguir la dirección. (*La señora sorda viene del cuarto de Matilde.*)

SEÑORA. — ¿Dónde está la finada?

SERGIO. — (*Alzando la voz y corriendo hacia ella para impedirle pronunciar otra palabra inoportuna.*) Señora, ¿dónde se había metido?

SEÑORA. — Me quedé dormida junto al ata...

SERGIO. — (*Siempre a gritos.*) ¡Qué bien! ¡Qué bien!

SEÑORA. — ...ud y de pronto me despierto y no encuentro a nadie. ¿Por qué no me despertaron?

MAMÁ CORA. — ¿Qué ataudí?

SEÑORA. — (*Paralizada.*) ¡Ay! (*Se lleva una mano al corazón y lanza otro.*) ¡Ay! (*La pobre anciana huye como pueña. Vuelve Elvira.*)

ELVIRA. — Es aquí cerca. Unas diez cuadras. ¿No es eso tener suerte? Aquí tienen la dirección.

NORA. — ¿La dirección de quién? Estoy mareada.

ELVIRA. — De la húngara. Así se distraen un rato. Si se apuraran, encontrarán buenos sitios. (*Los ancianos comienzan a movilizarse. Nora está deprimida, cansada, al borde del colapso total. Casi como ella están Emilia, Jorge, Antonio, Susana y Sergio.*) ¡Qué tragedia! ¡Es una historia increíble! Me la acaba de contar la propia hija.

GERTRUDIS. — ¡Au revoir, Elvira!⁴⁸

ELVIRA. — Au revoir. La esperamos mañana para la clase,

Gertrudis.

GERTRUDIS. — Adiós, Nora.

NORA. — Sí, sí, claro.

ELVIRA. — Adiós a todo el mundo. No se despidan, que no terminamos más. Que Dios los bendiga. (*Los ancianos van saliendo.*)

ELISA. — Elvira, la nena se me escapó con Matilde. Cuan-
do vuelva, ¿quierés enviarla a casa?

ELVIRA. — ¿Me la prestás hasta mañana? Para que acompañe a Matilde. La pobre va a tener miedo de dormir sola en su cuarto.

ELISA. — Está bien. Quedate con ella. Yo le avisaré al padre.

MAMÁ CORA. — ¿Será la misma húngara?

ELVIRA. — ¿Qué duda cabe? (*A Nora, que recoge sus cosas como una zombie para irse.*) Nora, planeemos algo divertido para el domingo próximo. ¿Qué te parece? Cuando nos encontramos no lo pasamos tan mal, ¿verdad? (*Susana ríe histéricamente.*) ¿De qué te reís, si es que puede saberse?

SUSANA. — ¿De qué me río? De vos. De todos nosotros me río. (*Y se echa a llorar al mismo tiempo que se deja caer sobre un sillón, desesperada.*)

FIN

Fotocopiadora

"EL GARAGE"

López y Planes 417 Rcia.- Chaco

Cel: 3624335067

⁴⁸ "Hasta luego, Elvira!", en francés.